

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYAN

Beatriz García-Huidobro

Misterio en Los Piñones

NARRATIVA



ARRAYAN

Planes para el verano

Antonia negó con la cabeza y, con el dramatismo de una consagrada actriz, dijo:
—No puedo creerlo. Sencillamente no puedo. Es increíble. No entiendo cómo pueden hacerme esto. No alcanzo a creer que mi propia familia se confabule en mi contra. Después de un año de colegio, éstas son mis vacaciones. Más que las merecidas vacaciones de una buena estudiante, esto parece un castigo. Es insólito que...

La abuela se acomodó el audífono e hizo girar una de sus perillas. Tal vez no escuchaba bien, pero en esta oportunidad le había quedado clarísimo que su nieta no estaba de acuerdo con la decisión de la familia respecto del verano.

— ...me lleven a ese somnífero lugar de arena y sal. A mi edad es ridículo ir a Los Piñones. Si se lo contara a mis amigas, no lo creerían. Yo misma no puedo creer lo que oigo. Es absurdo.

Antonia terminó de recitar su parlamento y se sentó con los brazos cruzados en uno de los sillones de mimbre de la terraza. Ella sabía que ahora venían las explicaciones. Sospechaba lo que diría cada persona, pero quería oírlos dándole excusas por ese veraneo tan poco adecuado para alguien a punto de cumplir catorce años. Era una jovencita morena y delgada, muy consciente de su belleza y de su importancia.

—Siento que no te guste la casa que tenemos en la playa —dijo su papá—. Cualquier persona estaría agradecida de contar con un lugar junto al mar al que poder salir.

—¡Yo estoy agradecida! —saltó Sarita—. A mí me fascina bañarme en el mar, caminar entre las rocas, ver a los pescadores, ir al bosque, comprar en la feria artesanal, buscar conchitas...

Sarita tuvo que hacer una pausa para respirar, momento que Antonia aprovechó para insistir en su punto de vista:

—A tu edad, eso es entretenido. Cuando yo tenía ocho años y apenas sobrepasaba el metro de altura, encontraba

que Los Piñones era genial. En cambio ahora, espero que mis vacaciones sean algo más que chapotear en la arena.

—Se chapotea en el agua, no en la arena —dijo Pablo, para quien la precisión era algo que le importaba muchísimo. Tenía doce años y representaba más edad que su hermana; era alto y fuerte, como suelen ser los deportistas, aunque su voz aún era infantil.

La madre de los niños estaba limpiando los pinceles con algún diluyente, cuyo olor no lograba opacar el aroma de los jazmines que cubrían la terraza. Habló con calma, como era su costumbre:

—Los Piñones es uno de los pocos balnearios que no están contaminados en ningún sentido. Mantiene la vida de pueblo, los árboles autóctonos, los roqueños llenos de pozas, donde aún viven cangrejos y erizos. Tampoco se ha destruido ninguna de las casas que construyeron los primeros veraneantes ni se han remodelado los jardines y plazas originales. Es un sitio donde el olor del mar aún puede rozar las copas de los árboles y viajar en el viento. Ya casi no quedan lugares semejantes en la Zona Central de Chile; es un privilegio que nosotros podamos conservar la casa que hicieron los abuelos.

A Antonia no le gustaba discutir con su mamá, principalmente porque siempre terminaba perdiendo. Aún así, dijo:

—No me importa que la casa sea vieja y tenebrosa. Lo que no me gusta es que allá no veranea nadie. Todos mis amigos y amigas van a otras partes, más modernas, donde hay algo que hacer.

—¿Qué es para ti algo? —preguntó Pablo.

—Encontrarse con la gente, ir a fiestas, salir a... no sé. En el fondo, algo es que haya alguien.

—A lo mejor puedes invitar a una amiga y entonces ya hay alguien —sugirió Sarita.

—¿Y quién querría ir? Pero por el tono ya más tranquilo de su voz supieron que estaba pasando revista a su interminable lista de amigas y escogiendo mentalmente a la que invitaría. Tal vez con Camila... Todo podría ser diferente si ella...

—Por supuesto, también va a ir Diego —dijo el papá.

—¡Bien! —exclamó Pablo. Diego era su primo favorito, el que tenía las mejores ideas para entretenerse y a quien admiraba sin restricciones.

Hacía muchos años, cuando Diego apenas gateaba, su padre se fue y él quedó solo con su madre. Ella tenía que trabajar muy duro para mantenerlo y pagarle una buena educación, pero no le alcanzaba para costear un



veraneo. Así es que Diego se había transformado en una especie de hijo adoptivo de la familia; los acompañaba en todas sus salidas.

Como había tenido que hacer por sí mismo sus cosas desde que era muy chico, era un niño independiente y hábil. En la mesa conversaba como un adulto y tenía

una lógica implacable para exponer sus ideas; según contaban, más de un profesor quedó desarmado con sus teorías y no fue capaz de continuar la discusión.

—¡Voy a llamarlo para que no se olvide de traer la caña de pescar! —dijo Pablo—. Este año tenemos decidido ganar la competencia y sacar el pez más grande que haya en el mar.

—Jamás van a lograr derrotar a los pescadores —intervino Antonia—. Ellos están el año entero dedicados a eso, son expertos. Ustedes apenas tienen un bote inflable y cero experiencia.

—Los pescadores no participan; esto es sólo para turistas.

—Bueno, pero hay turistas que se lo pasan pescando. Son casi profesionales, fanáticos.

—Igual vamos a ganar. Tenemos la suerte y la astucia a nuestro favor.

—Te apuesto a que salen últimos.

—Te apuesto a que, mínimo, logramos uno de los tres primeros lugares.

—Hecho. ¿Qué apostamos?

Su madre dijo:

—No me parece correcto que hagan apuestas.

En general, la abuela trataba de no discutir con su hija respecto de cómo educar a los niños. Pero pensó

que una apuesta es una apuesta y en ella está comprometido el honor de una persona, así es que propuso con energía:

—Yo soy testigo. Si Diego y Pablo obtienen uno de los tres primeros lugares, Antonia paga. Si obtienen uno de los tres últimos, ellos pagan. Si salen en el medio, nadie le debe nada a nadie.

La mamá miró a la abuela y le dijo:

—Mamá, no les fomente que apuesten dinero.

Le daba temor que sus hijos se aficionaran al juego. La abuela tenía un grupo de amigas con las que pasaba horas sentada ante la mesa de juego, acumulando o perdiendo fichas, mientras los naipes no dejaban de danzar por encima del tapete verde. Otras veces se arreglaba, preparaba su maletín y partía a pasar el fin de semana a Viña del Mar, donde se reunía con unas amigas y se iban al famoso casino de esa ciudad. Por este vicio, la abuela tenía una situación económica complicada: había unos pocos días en los que manejaba bastante dinero y hacía grandes regalos, y muchos otros en los que escarbaba entre sus carteras buscando una moneda.

—Yo no quiero dinero —saltó Pablo—. Yo quiero que ella nos pida perdón y diga que somos lo máximo.

—Bien, acepto. Y si ustedes pierden, que es cosa segura, van a hacer mi turno en todas las cosas domésticas

durante los días que queden de veraneo: lavar los platos, sacar la basura..., ¡ah, qué descansada vida voy a tener!

—Esta apuesta no es pareja —opinó la abuela.

—Cierto —dijo Pablo—. Si ganamos nosotros, tú, además, vas a tener que decirnos 'campeones', en lugar de llamarnos por nuestros nombres, y saludarnos con una pequeña reverencia cada vez que nos veas. ¿Aceptado?

—Aceptado.

Se dieron las manos y el asunto quedó claro. Antonia se levantó y dijo:

—Ahora yo necesito el teléfono, así es que tú llamarás a Diego después.

Y se abalanzó sobre el aparato al que hizo trabajar duramente por varias horas.

Llegada a Los Piñones

La maleta del automóvil estaba más que repleta. Lo mismo sucedía con el interior. Había dos opciones: las cosas o los seres humanos. Optaron por las cosas y en el auto sólo quedó espacio para cuatro personas, de preferencia contorsionistas.

La mamá le dijo a la abuela:

—Usted se viene con nosotros y con Sarita. Los niños grandes viajan en autobús.

—No, señora —alegó la anciana—. Tendría que sentarme con las piernas encogidas. Además, eres muy irresponsable si mandas a cuatro niños nada de grandes en un autobús, sin una persona mayor responsable. Me voy con ellos.

La abuela pensaba que había pasado años de su vida obedeciendo, primero a sus padres y luego a su marido, y ahora, por fin, era lo suficientemente vieja para hacer lo que se le antojara. Viajar en autobús era algo que le fascinaba: comprar galletas y otras tantas golosinas en el terminal, recorrer los pasillos y conversar con la gente. Además, en los buses podía suceder algo, mientras que en el automóvil todo era demasiado previsible.

Sarita exclamó:

—¡Yo también quiero ir en autobús! Soy la única que va a viajar en el automóvil.

—Por ningún motivo —dijo el papá—. Tú vienes con nosotros.

—Resígnate. Es el destino de los niños —se burló Antonia—. Algún día, algún lejano día, crecerás.

—No le hagas caso —dijo el papá—. El autobús no se detiene, en cambio nosotros vamos a parar a cargar gasolina y a comer un delicioso sándwich.

—¡Qué suerte! —intervino Diego con una gran sonrisa—. Los demás vamos a llegar muertos de hambre a Los Piñones, dispuestos a comernos las paredes, mientras que tú vas a bajarte con tu pancita llena.

Diego le hizo un guiño a través de esos anteojos que cuando no estaban cayéndosele estaban extraviados, y que aparecían después en los lugares más insólitos.

Sarita le sonrió de vuelta y se subió al automóvil. Ella también admiraba a su primo y sabía que lo que decía era siempre cierto.

Antonia susurró a su amiga Camila, quien se había integrado gustosa al grupo de veraneantes:

—Es tan fácil engañar a los niños.

—¿Por qué? ¿Es que no van a darle nada de comer?

—Sí, claro. Unos panes típicos. Y nosotros con la abuela vamos a llevar un cargamento de cosas ricas. Te apuesto a que ese maletín está repleto de pastelitos, gomas, mazapanes... ¡lo que se te antoje!

Efectivamente, la abuela había ido de compras y preparado deliciosos y variados sándwiches, además de muchas otras golosinas. En el terminal concluyó su aprovisionamiento, y partieron.

Contra toda expectativa, el viaje fue tranquilo. Antonia y su amiga Camila se fueron cuchicheando y poniendo en el aparato portátil una a una las incontables casetes que llevaban. Oían a través de audífonos y daban chillidos cada cierto rato. Seguramente, las canciones les recordaban sus ilusiones y sueños románticos. Claro que sus sensibles corazones no les impedían escuchar los lamentos de sus estómagos, así es que de tanto en tanto se levantaban, le pedían algo de comer a la abuela y volvían a sus asientos.

Diego y Pablo conversaban agolpadamente, haciendo planes para cada día e intercambiando información acerca de los astros de fútbol, las técnicas de juego de los grandes tenistas, los registros de los atletas mundiales, las marcas de los nadadores y de otros deportistas.

La voz ronca de Diego contrastaba con su cuerpo flaco y menguado. Aunque no tenía muchas habilidades para la actividad física, participaba todo lo que podía en los entrenamientos. Su gran habilidad estaba en la observación: siempre se enteraba de lo que sucedía en las diferentes canchas y sabía las técnicas de cada disciplina como si las hubiera practicado y fuera un experto entrenador. Acompañaba a Pablo en sus competencias y lo aconsejaba y alentaba. Éste tenía la convicción de que si participaba en un campeonato sin que su primo estuviera presente, era casi imposible que obtuviera el primer lugar.

—¡Es increíble! —decía—. Yo estoy calentando antes de una carrera junto con los otros atletas, y él me advierte cuál va a ser el contrincante más difícil, me da una sugerencia para la largada o acerca de lo que sea que adivina que tengo más débil. ¡Hasta sabe cuál relevo de la posta va a fallar y corre a hablar con él! Y eso es nada comparado con lo que es capaz de guiarme durante un partido de tenis. Me dice si me conviene atacar o mantener la pelota o hacer correr a mi adversario o...

A la abuela le sorprendía cuánto se avenían y complementaban los primos. No se cansaba de repetirles que una amistad dentro de la familia valía el doble.

Además de repartirles sándwiches y golosinas, los invitó a jugar con ella a los acertijos. Ajustó su audífono y se concentró en las palabras de Diego:

—Un campesino tiene que cruzar junto a sus animales al otro lado del río. Tiene una gallina, un perro y un gato. La barcaza sólo puede transportar al hombre con uno de los animales. El problema es que si viaja con el perro, debe dejar al gato con la gallina y a éste le gustaría comérsela. Si deja al gato y al perro juntos, se arma la pelea. Por otra parte, si lleva primero al gato, ¿a cuál lleva luego y deja en la otra orilla? ¿Tiene solución su problema? (1)

Diego se recostó en su asiento y sonrió. Tenía varios otros acertijos en mente, además de algunos chistes que aún no decidía si sería conveniente contarlos delante de la abuela y su audífono recién ajustado.

La abuela les dijo:

—Les apuesto un chocolate a que no adivinan esta: Una niña extiende sus manos. Son manos perfectamente normales. Sin embargo, ella afirma que tiene 11 dedos y

(1) La solución del acertijo se debe buscar al final de la novela.

es capaz de demostrarlo. ¿Cómo puede ser posible? (2)
—se rió cuando terminó de contarle, segura de que nadie adivinaría, pero rápidamente tuvo que dejar de sonreír cuando Diego dio la respuesta y cobró su chocolate.

—Ese es el mejor; tiene relleno de guinda —refunfuñó la abuela al pasárselo.

Cuando bajaron del bus y se encaminaron hacia la casa, Camila dijo:

—Es rara la sensación de viajar y llegar sin mochila ni saco de dormir. ¡Como si hubiéramos ido a la esquina!

—Espero que Sarita no esté pisoteando mi maletín, que quedó en el piso del asiento trasero —dijo Antonia haciendo un mohín—. Tengo cosas demasiado valiosas en él.

—Apurémonos —sugirió Pablo—. Tal vez el papá todavía no baja los bultos y podemos ayudarlo. No quisiera que le pasara algo a mi caña ni que se dé vuelta la caja de pesca.

—Me extraña tanta amabilidad, tantas ganas de ayudar —afirmó Antonia.

—¡Sientan el olor del mar y de los pinos! —suspiró la abuela.

—Se están llenando de tierra mis zapatos —rezongó Antonia—. Deberían pavimentar las calles.

—Tendrían que estar locos para hacerlo —dijo Diego—. La gracia de Los Piñones está en que sea así, como campo con playa.

—Es bonito, me gusta —opinó Camila—. Nunca había venido.

—Obvio —le dijo Antonia—. Nadie viene acá. Mira, esa que se ve allá es la caleta. En los faldeos de los cerros y en la costanera están las casas de los veraneantes. Hacia el norte está el bosque y hacia el sur, el pueblo. Eso sería todo. Turismo al instante.

—No le hagas caso —intervino Diego, que conocía Los Piñones tan bien como sus primos—. Hay lugares muy lindos para visitar. Cerca del bosque están las dunas y más allá las cavernas de las rocas, donde se supone que los piratas escondían sus tesoros y que luego no pudieron encontrar en el enredo de laberintos. Antes de llegar al pueblo está el cementerio, que es muy especial, porque lo construyeron en una hondonada y los árboles que crecen en las pendientes están todos inclinados hacia las tumbas. También está el cerro del Ahorcado, donde dicen que peñan y se siente un lamento cada vez que se pone el sol.

—¡Qué pánico! No me voy a atrever a ir allá.

—Cuentos. Cómo será de aburrido todo, que la gente inventa tonterías para entretenerse —le dijo Antonia a su amiga.

(2) La solución del acertijo se debe buscar al final de la novela.

—Y desde el muelle de la caleta puedes salir a pescar, mariscar, pasear en bote, bucear o ver cómo trabajan los pescadores... —siguió Diego.

—...en el agua que está fría o está helada —interrumpió Antonia—. Ya sabes, océano Pacífico, fenómeno de El Niño y todo eso.

—Hay días en que Antonia amanece así, sacando la pajita corta para todo —se burló Pablo.

—¿Y ese castillo? —preguntó Camila.

—No es un castillo, es la casa de un viejo loco —dijo Antonia.

—¿Loco de verdad?

Camila palideció un poco. Pensó que su inocente estadía de un par de semanas en la playa con su amiga se estaba pareciendo a una historia de terror: cavernas, cementerios, viejos locos, heladas corrientes marinas, fantasmas en el cerro...

—No es loco, es lo que se llama un excéntrico —intervino la abuela, que percibió la intranquilidad de la jovencita—. Él es un hombre muy rico y muy avaro, que se construyó esa casona hace muchos años. La hizo con esos murallones para guardar sus cosas y evitar que le codiciaran sus finuras y luego le robaran. Esa es la razón por la que eligió un lugar tranquilo como este, donde nadie lo visitará ni le adivinara sus tesoros.

—¿Tesoros?

—Es una forma de decir —siguió la abuela—. Tiene adornos antiguos y finos, obras de arte, alfombras persas, muebles de época, esculturas; su casa parece un museo. Pero es tan avaro, que no quiere que le miren sus objetos y los tiene casi todos bajo llave, y los muebles y alfombras están cubiertos con sábanas blancas.

—Qué absurdo —opinó Pablo—. Tener tanto y ni siquiera disfrutarlo.

—Los avaros son así —dijo Diego—. Disfrutan sabiendo que tienen las cosas, pero no usándolas y mucho menos compartiéndolas.

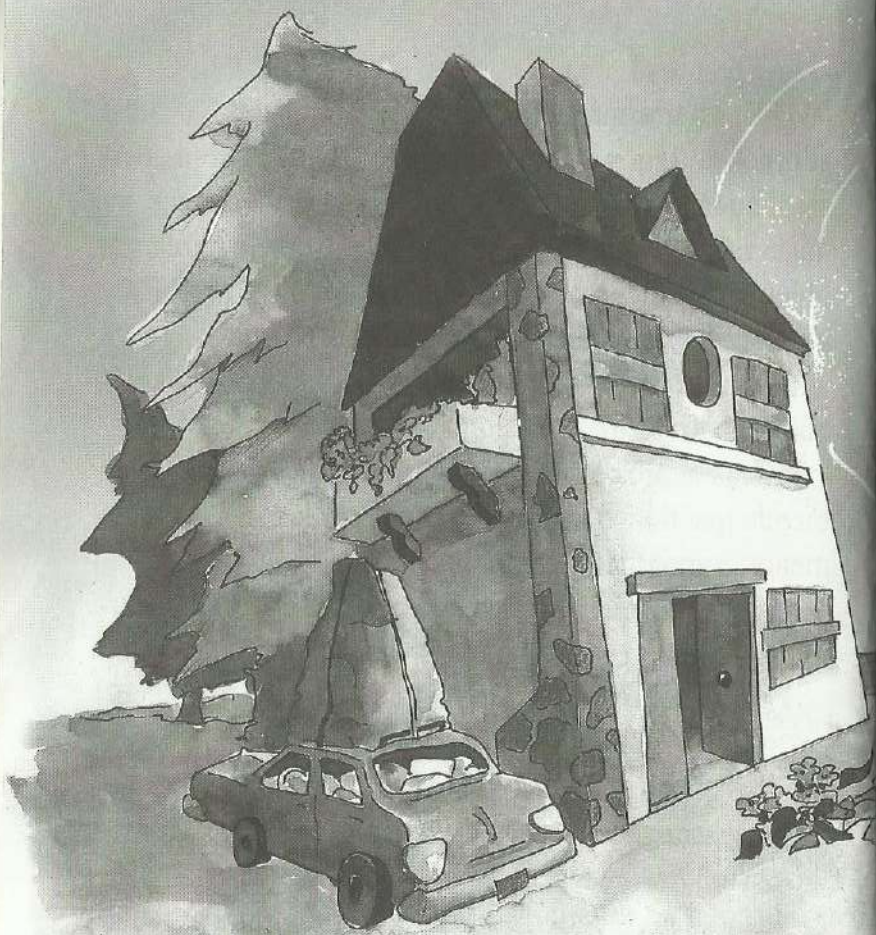
—Supongo que el resto de la gente es normal —murmuró Camila.

Pablo le dijo:

—El más simpático es Mauricio. Tiene más o menos tu edad, es el hijo de la dueña del hotel. Ahí se pasa demasiado bien; se organizan juegos de cacho y de dominó.

—Y *chiflota* y *whist* —agregó Diego, que era fanático de todos los juegos de salón. Se sentaba entre los adultos, acomodaba sus anteojos y adquiría la expresión de un caballero antiguo, severo y reflexivo.

—Son unos machistas —señaló Antonia—; no dejan entrar a las mujeres a su ridícula sala de juegos, que en realidad es el comedor. Les sacan los manteles a las



mesas, acomodan unos roñosos tapetes verdes y dicen que es sala de juegos 'sólo para varones'. Como si por el hecho de ser peludos tuvieran el cerebro distinto o hi-



suficiente del que sabe más era algo novedoso que iba a disfrutar.

—¡Llegamos! —gritó Pablo. Él y su primo corrieron

cieran milagros con los naipes.

Antonia era una excelente jugadora. En el fondo, lo que ella quería era participar de los juegos que se organizaban en el salón del hotel.

—No te quejes —sonrió Pablo—. Han tenido la gentileza de crear los martes femeninos.

—Gracias por el premio de consuelo.

Camila miró divertida a su amiga. Ella sólo tenía hermanos grandes que la trataban como si fuera una niña chica. Esto de pertenecer a la categoría de los mayores de la casa y tener con quienes discutirlo todo en el tono

hacia una casa alta y angosta, a orillas del malecón, colgando sobre el mar. Un gigantesco pino dejaba caer sus ramas sobre el tejado, y flores de distintos colores adornaban el jardín que la rodeaba. Al costado derecho de la casa había un camino de gran pendiente que conducía hasta la playa.

La casa marcaba el límite entre la playa de arena y el extenso roquerío donde las olas reventaban con furia. En el interior de cada dormitorio se sentía el ruido de las rompientes y las ventanas estaban húmedas con el rocío del agua de mar.

Antonia y su amiga se instalaron en el tercer piso.

—Es la parte menos elegante de la casa, pero la única con algo de privacidad —le dijo a Camila, señalando la enorme buhardilla de maderas un poco desvencijadas.

—No hay murciélagos, ¿verdad?

—No. Mi mamá tiene contratada a una cuidadora que viene cada semana a hacer aseo, ventilar y todo eso. Además, en enero estuvo arrendada a otras personas y no creo que ellas se hubieran quedado si los murciélagos les hubieran revoloteado en la cara.

El resto de la familia se acomodó en los cuatro dormitorios del segundo piso. Sarita deshizo su maleta y miró a través de la ventana. Estaba nublado y el mar se agitaba ruidoso. Le daba miedo dormir sola, pero pensó

que tenía cuatro lugares a los que podía llegar cada noche; iría alternándolos y nadie se daría cuenta de que ella no dormía ningún día en su cuarto.

A Diego y Pablo les correspondió la pieza con los dos camarotes y cada uno de ellos extendió su saco de dormir en una de las camas de arriba. Sacaron rápidamente la ropa de sus mochilas, la embutieron desprecupadamente dentro del clóset y avisaron que se iban a pasear.

Aire marino

El hotel tenía la fachada de una típica casa colonial chilena. Por dentro estaba restaurado y modernizado, pero no perdía sus características coloniales: techos altos con cielos de tablas de madera, puertas angostas y vidriadas, gruesos muros de adobe. A cada dormitorio se accedía cruzando el gran patio interior rodeado de corredores y en cuyo centro había tres árboles enormes y cientos de flores.

Doña Celia era la dueña, administradora y jefa de cocina del hotel. Trabajaba duro en el verano, contrataba a algunos jóvenes para que le ayudaran y no dormía más de cinco horas cada día. Durante el resto del año, cerraba casi todas las habitaciones y sólo se quedaba trabajando con ella su fiel mozo. Juntos atendían el restau-

rante y a los ocasionales pasajeros que llegaban por alguna noche, y aprovechaban de hacer mantención, pintura y arreglar los desperfectos.

Mauricio era su hijo menor. Estudiaba en la ciudad del puerto, vivía en el hotel y en los veranos se dedicaba a ayudar a su madre. Jorge, el mayor, también se alojaba en el hotel, pero ya era adulto; lo habían ascendido a cabo, que es un poco menos que sargento, y representaba la mitad del plantel de la comisaría del pueblo.

Mauricio contaba que su hermano quería que lo trasladaran al puerto o a otra ciudad grande donde pasara algo 'de verdad'. En sus registros sólo había disputas entre vecinos, partes a los veraneantes por circular demasiado rápido en sus automóviles o por estacionarse donde no debían, desapariciones de objetos menores y otros problemas que no eran auténticos delitos.

Durante la Semana de Los Piñones, que en realidad duraba quince días, llegaban muchos visitantes a participar del desfile, de la feria de entretenimientos y, especialmente, del concurso de pesca. En esa fecha la comisaría tenía que velar por la seguridad del evento, pedía refuerzos al puerto y Jorge sentía la importancia de su cargo. Pero quedaban trescientos cincuenta días sin actividad, dispuestos a transcurrir lentos para aburrirlo de lo lindo.

Mauricio recibió alegremente a sus amigos. Aunque él tenía dos o tres años más que ellos, se entretenía con el par de primos. Los acompañaba a mariscar, a ir de pesca o al cine, y conversaban acerca de los grandes deportistas y de las películas que habían visto en Santiago.

Pablo y Diego lo invitaron a pasear con ellos.

—Ahora no puedo —respondió—. Estoy limpiando este millón de machas y no voy a desocuparme hasta dentro de mucho rato más.

—¿Van a hacerlas a la parmesana? —preguntó Pablo.

—Sí. Preparadas en cada conchita.

—¡Le voy a decir al papá que vengamos a comer aquí esta noche!

—¿Vino tu hermana? —preguntó Mauricio.

—¿Cuál hermana?

—Antonia. Y Sarita, claro.

Pablo y Diego sonrieron. El año anterior había quedado en evidencia que a Mauricio le gustaba Antonia. Cuando Pablo observaba la mirada bovina de su amigo y la forma de sonrojarse al estar con ella, decidía que Mauricio estaba un poco loco. Que le empezaran a gustar las mujeres ya era una pérdida de tiempo, pero que fuera capaz de verle algún atractivo a su hermana, demostraba que más de una tuerca se estaba aflojando en su cabeza.



—Está en la casa —aclaró Diego—. Vino con una amiga. Se llama Camila y está aterrorizada.

—Antonia le ha dicho puras cosas horribles de Los Piñones —se rió Pablo.

—¿Es bonita? —preguntó Mauricio.

—¿Qué cosa?

—Ella, Camila.

Los primos se miraron desconcertados. Repasaron en

su mente los grandes ojos castaños de la joven, su pelo claro y brillante, sus movimientos graciosos, y con sinceridad dijeron al unísono:

—No.

Mauricio sonrió con satisfacción.

—Es que nadie puede ser linda como Antonia.

—¿Linda Antonia? ¡Tu disco duro está fallando!—exclamó Diego, y luego agregó: ¿Por qué estrujas las machas (*) de esa manera tan rara?

—Así se hace. Para sacar esa parte negra, aprietas y sale junto con lo pegajoso, que muchas veces tiene arena y es desagradable al mascar.

—Ahora veo por qué a veces no me gustan las machas —dijo Pablo—. Tienen un gusto a chicle y son ásperas. Y otras veces son lo más rico que existe.

—Con toda la comida sucede igual —aclaró Diego—. Bien preparada tiene que ser buena. Y un mal cocinero puede arruinar los mejores ingredientes.

—¿Podría alguien echar a perder el chocolate? —dijo Diego mientras se relamía y descubría que a pesar de las golosinas en el autobús, nuevamente tenía hambre.

Pablo y Diego se quedaron un rato ayudando a limpiar y preparar la comida. En cada conchita ponían una ma-

cha, un trozo de mantequilla, un chorrito de leche, gotas de jugo de limón y un pedacito de queso. Finalmente, espolvoreaban la sal, pimienta y queso rallado.

Decidieron que en vez de sugerir que los llevaran a comer al hotel, irían a la caleta, comprarían machas, las prepararían en la cocina de su casa y los sorprenderían a todos.

—Deberían tener cuidado con el horno —advirtió Mauricio—. Apenas se derrite el queso, están listas. Si se les pasan, quedan duras y es como mascar chicle.

Acordaron verse al día siguiente en la playa y se despidieron. Los primos fueron a la casa, le pidieron dinero a la mamá 'para una sorpresa' y caminaron hasta la caleta. Sobre la arena, varios botes reposaban boca abajo, mientras algunos hombres fumaban y conversaban apoyados contra éstos.

La mayoría de los pescadores estaba faenando el producto de su trabajo. En los puestos, las mujeres vendían los pescados y mariscos a los veraneantes que toqueteaban, olían y miraban todo.

—Mira —señaló Pablo—, ahí está Felipe. Vamos a preguntarle cómo le fue hoy, y si tenemos suerte nos dice dónde están los mejores bancos de peces para los días de la competencia.

—Jamás lo va a decir. Ningún pescador lo haría.

(*) Machas: así se le llama en Chile a un tipo de moluscos.

Felipe era un joven pescador. En años anteriores había llevado a los primos a pescar en su bote y les había enseñado algunos trucos de la profesión.

—¡Hola! —los saludó—. ¿Qué están buscando hoy?

—Queremos llevar machas.

—Están de suerte, tengo un barril lleno de las que saqué hoy del mar. Mírenlas, están tan frescas que sólo huelen a arena y mar. También tengo unos ostiones deliciosos.

—¿Se hacen a la parmesana? —preguntó Pablo.

—Claro. Y también se pueden preparar de otras formas: como cebiche, al matico, en guisos calientes...

—Son bastante más caros que las machas —señaló Diego— y en realidad lo que acabamos de aprender a cocinar son machas. ¿Cuántas necesitaremos para siete personas?

—Siete personas hambrientas —aclaró Pablo.

Felipe pesó tres kilos y las envolvió en un cambucho de papel de diario.

—¿Van a ir a la inauguración de la feria? —les preguntó mientras depositaba el paquete en una bolsa plástica y les daba el vuelto—. Es dentro de tres días.

—De todas maneras —dijo Pablo—. Supongo que va a estar la rueda de Chicago, los puestos de tiro al blanco, la pesca milagrosa, los churros y todo lo de siempre.

—Este año inauguran una mini montaña rusa y un barco pirata. Van a ser la sensación. Pero lo mejor de todo es que mi novia es la reina de la feria y su coronación va a ser la parte más importante de la fiesta —sonrió Felipe con gran orgullo.

—¿Quién es tu novia? ¿La conocemos? —preguntó Diego.

—Se llama Margarita y trabaja en la peluquería. Es la mujer más linda de la región y se fijó en mí —dijo, manteniendo su sonrisa de oreja a oreja.

Los primos se miraron con preocupación. Parecía que este año cualquier individuo con más de quince años tenía la cabeza repleta de pensamientos románticos. ¡Las mujeres estaban invadiéndolo todo!

En la cocina, prepararon las machas. Las abrieron, lavaron las conchas, las limpiaron una a una y acomodaron cuidadosamente en cada conchita, con todos los ingredientes en estricto orden. La mamá los miraba divertida mientras ella arreglaba una fuente de ensaladas y ponía la mesa.

La comida fue un éxito. La abuela comió tantas machas que debió vaciar su plato tres veces porque no le cabían las conchitas vacías. Sarita sintetizó lo que todos pensaban:

—¡Son lo máximo!

Día de feria

La feria estaba en su apogeo. Los juegos funcionando a su total capacidad, la música a todo volumen y enormes cantidades de gente yendo y viniendo de aquí para allá. En el escenario, un locutor anunciaba a los cantantes y explicaba las miles de posibilidades de diversión que ofrecía la feria. Cada cierto rato avisaba que a las doce de la noche, en puuunto, sería la coronación de la reina de la feria del verano.

Diego y Pablo se habían cruzado con Felipe, quien sonreía orgulloso mientras estrujaba un ramo de flores.

Se encontraron con muchas de las personas que siempre estaban en Los Piñones.

—¡Mira! —señaló Antonia—. Ese es el viejo loco del castillo.

—Parece normal —respondió Camila sin dejar de mirarlo.

—¡Primera vez que lo veo! —exclamó Sarita.

—Es que no sale casi nunca —explicó Antonia—. Es como un milagro encontrarlo hoy aquí. Imagínate, yo llevo años viniendo en los veranos y esta es la tercera vez que me lo topo.

—¡Y ahí está el padre Alberto! —chilló Sarita—. Voy a contarle que este año me empiezo a preparar para mi Primera Comunión.

—Esa señora —continuó Antonia— es la descendiente del tipo que puso la primera piedra de este pueblo y está convencida de que eso la hace sumamente importante. Mira cómo se pavonea. Y ese señor al que le brilla la pelada es el que ganó el año pasado el concurso de pesca. Es fanático; toda su ropa está llena de insignias de timones, yates, pescados, anclas. Y allá, en el *stand* del tiro al blanco...

—Y por tu derecha, a toda velocidad —interrumpió Pablo—, se acerca Mauricio...

—...con evidentes intenciones de acompañarte toda la noche —siguió Diego.

—¡Ay, qué pegote! —se quejó Antonia, aunque sus ojos sonreían al mirarlo.

Los primos siguieron recorriendo la feria y partici-

pando en los distintos juegos. Eran alrededor de las once cuando Felipe salió tras bambalinas con cara de preocupación. Ya no tenía las flores y caminaba acelerado hacia la entrada.

Ellos lo alcanzaron y dijeron:

—¿Qué te pasa? ¿Sucedió algo?

—Es que Margarita no llega. Debería estar vistiéndose y peinándose y nadie la ha visto.

—Todo el mundo sabe que las mujeres siempre se atrasan —argumentó Diego—. Es su *modus operandi*.

—Ya sé cómo son. Si fuera un día cualquiera, no importaría. Pero ninguna mujer se atrasa el día de su coronación. Yo sé que algo le pasó. Háganme un favor: recorran la feria y busquen a Jorge, debe estar vigilando aquí, no puede estar en la comisaría. Ustedes lo conocen a él, ¿no? Y mientras le explican lo que pasó, yo voy a correr hasta la casa de ella a ver si está ahí y en unos minutos nos juntamos acá mismo, en esta entrada.

Ellos asintieron. Conocían perfectamente al hermano de Mauricio y estaban emocionados de tener un pretexto para hablarle de igual a igual.

Lo encontraron cerca de la pequeña laguna, donde flotaba un carrusel de patos, y él trataba de impedir que unos niños lanzaran objetos al agua. Diego explicó lo que había pasado y juntos caminaron hasta la entrada.

Jorge estaba tranquilo y hasta se burlaba un poco del nerviosismo de Felipe.

—Algunos enamorados son así. Siempre pensando que la novia se les va a arrancar, mientras ella está mirándose al espejo, arreglándose el pelo o poniéndose cremas en la cara.

En la entrada estaba Felipe desolado, negando con la cabeza.

—¡No hay rastros de ella! Encontré a su madrina justo cuando salía para acá y dice que Margarita no ha llegado en todo el día; ella creyó que se había ido a arreglar donde una amiga y estaba extrañada de que no hubiera llamado, pero la imaginaba delante del espejo probando peinados o qué sé yo. Lo peor es que buscamos en su clóset y ahí están colgados el vestido de la ceremonia, los zapatos, el collar... todo.

Jorge empezó a hablar en tono serio:

—¿Te dijo cuándo la vieron por última vez?

—Ella la vio cuando salió a media mañana. Hoy no iba a trabajar en el salón de la peluquería, pero había aceptado hacer dos visitas domiciliarias y dedicar el resto del día a prepararse para la ceremonia.

—¿Supiste a quiénes iba a visitar?

—Sí. A doña Eugenia, la del almacén, que está con la cadera fracturada, y a don Roberto, a quien no le gusta

salir y siempre hace que lo atiendan en su domicilio. —¡Fue donde el avaro! —susurró Pablo a su primo—. Tal vez él le hizo algo...

—¡No digas nada! —respondió Diego—. Si hablamos nos van a echar a un lado y no vamos a poder participar de la investigación. Hay que tratar de pasar inadvertidos.

Jorge tranquilizó a Felipe y le dijo que esperaran. Si ella no aparecía a la mañana siguiente, iniciarían una investigación.

—¿Mañana? ¿Recién mañana?

—No se puede decir que una persona está desaparecida hasta que no hayan pasado al menos 48 horas. Vamos a hacer una excepción iniciando su búsqueda mañana temprano, pero ahora no puedo alejarme de mi puesto de vigilancia. Tranquilízate, a lo mejor se puso nerviosa y no quiso venir.

—No estaba nerviosa —se lamentó Felipe—. Por el contrario, estaba feliz, tenía preparado su discurso, su vestido, sus zapatos nuevos... y la pulsera que le regalé.

Se alejó a hablar con otras personas. Los niños continuaron recorriendo los juegos, pero ya no podían concentrarse y divertirse como si nada hubiera pasado.

El maestro de ceremonias también estaba preocupado. Qué sacaba con ponerle emoción al anuncio si la

reina no llegaba. Cuando faltaban apenas diez minutos para las doce en punto, la gente empezó a acomodarse alrededor del escenario. Él pensaba que tal vez tendría que coronar a una de las jovencitas de la boletería. O a la secretaria del alcalde, que en ese preciso instante le lanzaba miradas de impaciencia. O hacer el ridículo diciendo que la reina se había esfumado.

—Las reinas no desaparecen —se decía—. Pueden llorar, estar un poco histéricas o hacer gestos de soberbia. Pero no desaparecen —y miraba hacia la puerta de entrada, esperando que Margarita se asomara a través de ella. Apenas la conocía, pero ya le tenía rencor por arruinar el espectáculo.

La música resonaba en los parlantes, como si el ruido pudiera disimular la situación.

Diego dijo:

—Nosotros deberíamos investigar por nuestra cuenta.

—¿En verdad creen que le pasó algo? —preguntó Antonia, que se acercaba en ese momento junto con Camila—. Todo el mundo anda haciendo conjeturas y parece que Felipe está organizando unas brigadas para ir a buscarla.

—Claro que sí agregó Diego—. Felipe tiene razón; ninguna mujer se hace esto a sí misma. Se presentó al concurso, se hizo ropa, compró zapatos, ensayó peina-

dos y quizás cuántas cosas que nosotros ni sospechamos que puede hacer una reina de belleza frente al espejo. Tiene que haberle sucedido algo. Y ese algo le impide avisar qué fue.

—Es verdad —intervino Camila—. Yo no perdería mi propia coronación ni por nada.

El tono serio de los niños hizo que Pablo palideciera un poco y la voz se le cortara al preguntar a Diego:

—¿Tú crees que puede estar... muerta?

—Ojalá que no. Pero puede haber tenido un accidente y estar desmayada a la orilla de un camino. O la asaltaron, golpearon y abandonaron en el bosque.

—O una rival la acuchilló por celos —dijo Camila.

—¿Ustedes saben algo más? —preguntó Antonia.

Los primos le contaron lo poco que había dicho Felipe acerca de la jornada de Margarita y cómo nadie más la había visto desde la mañana.

—Te apuesto a que el viejo loco tiene algo que ver —opinó Antonia—. No le gustó el corte de pelo, la empujó, se golpeó la cabeza contra un mueble y la mató. O sin querer, ella rompió alguna de sus finuras, él se enfureció y la mató a hachazos. Hay que ir a su casa y buscar tierra removida. ¡Cal en el sótano. Lo típico.

—No es gracioso —dijo Diego—. Tal vez le pasó algo grave y tú estás burlándote.

—No estoy burlándome. Te apuesto a que el viejo es el culpable y que todos están perdiendo un tiempo precioso al irse a recorrer los caminos, en circunstancias que es a él a quien deben interrogar. Así funciona siempre. El primer sospechoso es la última persona que la vio con vida. Y no importa que no me crean. El tiempo me dará la razón. Y en ese momento espero oír las excusas de los dos escépticos —y diciendo estas palabras, hizo uno de los gestos teatrales con que le gustaba salir de escena y se fue.

—¿Tú crees que permitirán que nos unamos a alguna de las brigadas de búsqueda? —preguntó Pablo, que era una persona de acción.

—Seguro que no —respondió Diego—. Pero creo que Antonia tiene algo de razón en lo que dijo. Uno siempre debe preguntarle a la última persona que vio al desaparecido qué actitud tenía, qué dijo y todas esas cosas. Por último, para saber hacia dónde puede haberse dirigido. ¡Vamos a hablar con don Roberto!

En ese momento, el maestro de ceremonias anunciaba que la coronación debería postergarse hasta el día de clausura, debido a un 'contratiempo involuntario que había acontecido a la digna soberana de tan magno evento'.

—Le gusta hablar como cursi —sonrió Diego, mientras buscaban a don Roberto. Él se encontraba hablando

con Jorge, y los niños se ubicaron cerca para escucharlos con disimulo.

—Como le decía, es inexplicable. Lamento que esta encantadora jovencita se pierda su fiesta, pero ella no me dijo nada que pueda dar luces a su investigación. Creo que lo más sensato es lo que hace su novio: recorrer los caminos y buscarla. Usted debería participar y dejarme ir. Esta feria está tan aburrida como de costumbre.

—¿Qué actitud tenía al abandonar su casa? —preguntó Jorge, haciendo caso omiso de sus comentarios.

—Alegre, risueña, tal vez un poco impaciente. Se fue muy rápido: apenas me cortó el pelo, recogió sus cosas y partió deprisa. Ni siquiera alcancé a darle una propina como merecía.

—¿Usted le pagó? ¿Andaría ella con mucho dinero encima?

—No creo. Yo no le pago directamente a ella, sino que cada cierto tiempo paso por la peluquería y le cancelo a la señora Gladys, la dueña, todo lo que debo. No siempre sus cuentas son exactas, pero ésa ya es otra historia.

—¿Le dijo algo que llamara su atención? ¿De qué conversaron?

—A su primera pregunta, respondo no. A la segunda, de nada. No me gusta conversar mientras me cortan el pelo. Por eso no voy a las peluquerías, para no oír chá-

charas superficiales. Y por eso pido que me manden a Margarita, porque sabe hacer su trabajo y quedarse callada. No como el resto de la gente de este pueblo que sólo sabe hablar y chismorrear, sin decir una sola palabra inteligente.

—Puede irse. Tal vez necesite interrogarlo oficialmente si la joven no aparece.

—Espero que ella sí aparezca. Manténgame informado. Aunque da lo mismo. Basta un paseo por la plaza para enterarse de lo poco y nada que sucede en este lugar.

Don Roberto ya había cruzado la salida, cuando Diego se acercó a Jorge y preguntó:

—¿Por qué te dijo eso?

—Porque él es así. Yo creo que odia a todo el mundo, o, al menos, lo desprecia.

—Sí, pero, ¿por qué te dijo que ojalá ella sí apareciera? ¿Acaso se ha perdido alguien más en el pueblo?

—No. Está hablando de su famosa escultura, la que le robaron en el otoño. Cada vez que me ve, me echa en cara que no haya encontrado al ladrón.

—¿Se metieron a robar a su casa? —preguntó Pablo con admiración. Se sabía que él tenía varias pistolas, un sistema de alarmas y tres perros entrenados para proteger la propiedad. No cualquiera se animaría a asaltarlo.

—Fue el peor período de mi vida profesional —se

lamentó Jorge—. Trajo a unos investigadores de la ciudad, vinieron los tipos del seguro, hasta unos periodistas llegaron para hablar de la dichosa estatuita. Y me presentaban como a un inepto, sin pistas, sin nada que decir.

—¿Y cómo fue? —preguntó Diego.

—Parece que les dieron veneno a los perros. Dos de ellos se enfermaron y don Roberto los llevó a la clínica veterinaria pensando que tenían una infección cualquiera, sin sospechar que los habían envenenado y querían alejarlo de la casa. También cortaron los cables de las alarmas. Cuando volvió, encontró al otro perro muerto, una ventana rota y sólo aire en el lugar donde antes estaba la escultura. Habían limpiado las huellas, las pisadas, todo. Mi única satisfacción es que la figura no ha aparecido entre los coleccionistas todavía, y se supone que los detectives privados investigan por ese lado.

—Dicen que existe una especie de código secreto entre los coleccionistas y es que nadie lo revela cuando compra una pieza tan valiosa —dijo Diego.

—No entiendo tanta historia por una estatua —opinó Pablo.

—Y qué estatua —agregó Jorge—. Era una mona de unos cincuenta centímetros de altura, con cara de desabrida. Vi cientos de fotos de ella. Dicen que hay tres iguales, pero de las otras dos no se sabe el paradero, así

es que esta era triplemente valiosa, de no sé qué siglo... Ya no quiero acordarme. Si me hubieran ofrecido un traslado al desierto o a la punta de la cordillera, lo habría aceptado en ese momento.

—No deberías tomártelo tan en serio —lo consoló Pablo—. A fin de cuentas no es tu culpa. En todas partes tiene que haber misterios sin solución; la policía no puede resolverlo todo.

—Díselo al comisario provincial. Se le deben haber cansado los dedos de tanto marcar el teléfono para preguntarme, urgirme, pedirme informes, insistir...

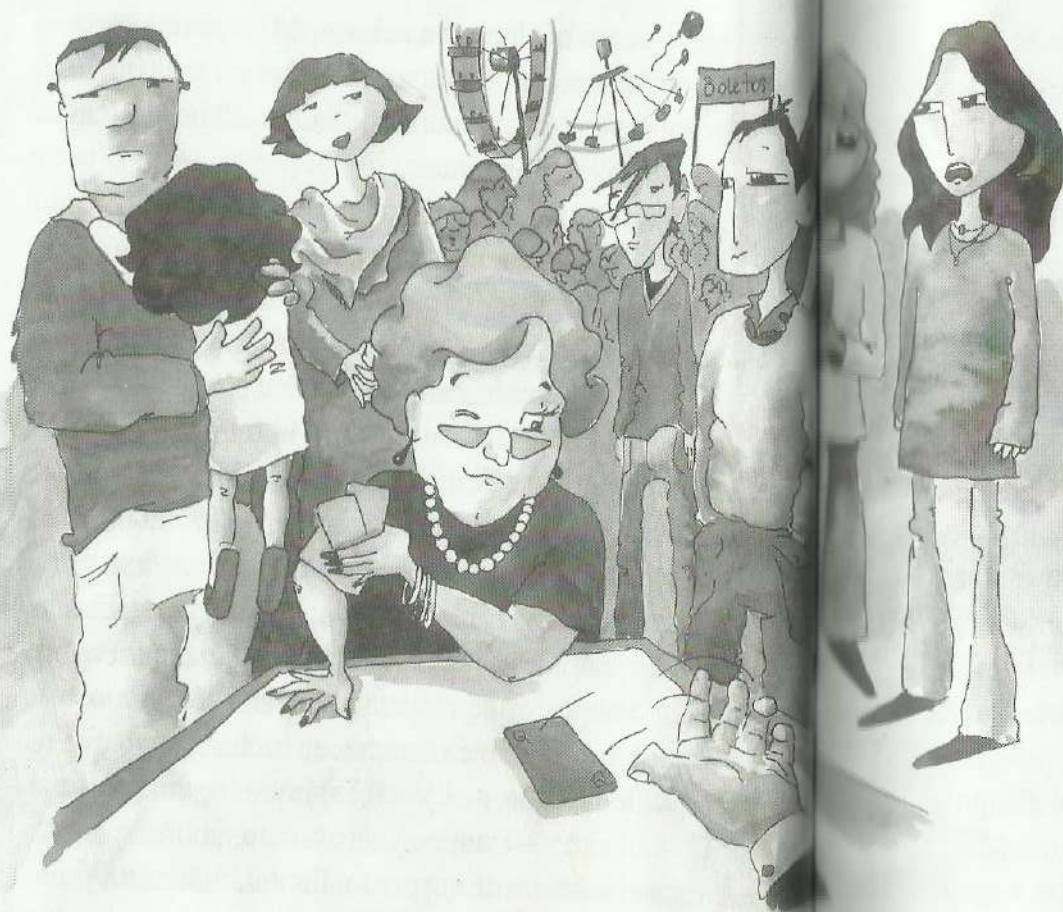
El papá y la mamá se acercaron con Sarita dormida en sus brazos. Les dijeron que ya era hora de irse y empezaron a caminar hacia la salida. La abuela estaba sentada ante una mesa jugando Veintiuna, ese entretenido juego de naipes, y se resistía a moverse de ahí.

—Estoy entrando en una buena racha. Tengo que recuperar lo perdido —dijo—. Y al que repartía los naipes le solicité: —Dame un seis bonito, ahora.

Con el máximo de suspenso dio vuelta la carta y emitió un quejido:

—¡Una reina! ¿Cómo me das una reina cuando te pido un seis? ¡Hasta me conformaba con un cuatro! A ver, muéstranos qué tienes tú...

—Mamá, es evidente que ya perdió. Vámonos.



—No todo está perdido. Me quedan unas fichas por acá. ¿Dónde están? ¿Quién me las sacó? A ver si tengo algún dinerito en alguna parte para comprar otras y...

—Abuela, estás frita —dijo Pablo—. Lo perdiste todo.

—Siempre le pasa lo mismo —murmuró Antonia a Camila.

—Pobre, es demasiado fanática —respondió su amiga.

—Mañana voy a volver y van a ver cómo me recupero. Es cuestión de tiempo; no sé por qué tenemos que irnos tan temprano.

—Es la una de la madrugada —sonrió el papá—. En cierto modo, es bastante temprano.

—Según los parámetros de Los Piñones, ésta ha sido la gran farra —dijo Antonia—. Acá, ver asomarse la luna ya es trasnoche.

—Me gustó la feria —opinó Camila—, podríamos volver otro día.

—¡De todas maneras! —dijeron a coro varias voces. Tal vez todas.

Margarita no aparece

El día amaneció gris y brumoso. En el mar se levantaban altas olas que dejaban caer su espuma inquieta sobre la arena de la playa desierta.

En la familia todos debían cumplir ciertas obligaciones, como asear los dormitorios, botar la basura, barrer la arena, poner la mesa y colgar la ropa. Los primos cumplieron con su parte a toda velocidad —y no mucha prolijidad— y salieron rumbo a la caleta.

Los caminos estaban prácticamente desiertos y en la mayoría de las casas las persianas permanecían cerradas.

—La gente es muy floja —comentó Pablo.

—Claro que están de vacaciones...

—Por lo mismo. Deberían aprovechar sus días al máximo.

—¡Mira! Felipe está en su puesto de venta.

Casi todos los botes se hallaban mar adentro. Sólo Felipe y una mujer estaban en la caleta. Él faenaba y ella le hablaba. Se veía atribulado, mirando con desesperanza hacia un lado y otro.

—¿Han sabido algo de Margarita? —preguntó Diego.

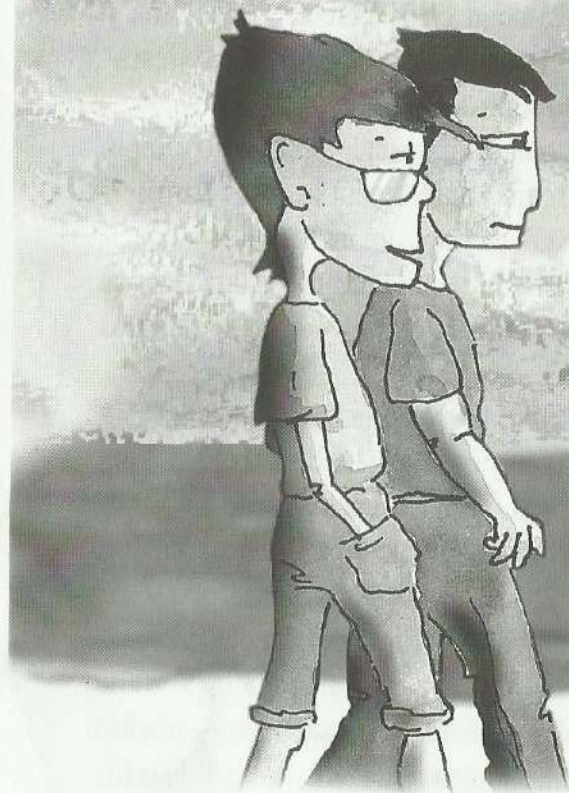
—Nada —dijo la mujer, quien tenía los ojos enrojecidos—. Es increíble, nadie la ha visto, nadie sabe nada, nadie sabe qué puede haberle pasado, dónde estará... —se enjugó unas lágrimas. Felipe la abrazó y la presentó a los niños.

—Ella es doña Elvira, la madrina de Margarita.

—Es más que una hija para mí; si la crié desde que era de este porte, cuando murieron sus padres. Yo no sé quién puede habérsela llevado ni adónde; ella nunca se iría sin decirme, es algo que no se entiende...

—¿Cómo les fue anoche con las brigadas? —preguntó Diego.

—Ni rastros de ella ni de nada sospechoso —suspiró Felipe—. Esta mañana fuimos a la comisaría a llenar los papeles que dicen que Margarita está desaparecida. No sé cómo vamos a resistir esta incertidumbre. Y lo peor es la sensación de ser inútil. No puedo hacer nada, nada, no sé por dónde empezar; lo único que se me ocurre es pasearme por todas partes y esperar encontrarla a la ori-



lla de algún camino.

—¿Qué te dice Jorge? —preguntó Diego.

—Que hay que investigar. Lo peor es que me mira con lástima, como dándome a entender que tal vez se

arrancó con otro hombre...

‘¡Podría ser!’, pensó Pablo. Miró a Diego y se dio cuenta de que él estaba pensando lo mismo. Era lógico. En las películas pasaba siempre que la mujer se iba con otro novio y el abandonado quedaba desorientado.

—... y eso sí que no tiene sentido. Estamos enamorados, nos vamos a casar, ella no sale con nadie más, ella no es así.

—Claro que no, *m’hijito*

—lo consoló doña Elvira—. Ella va de la casa a la peluquería y de la peluquería a la casa. Siempre me avisa cuando va a salir y ni siquiera se atrasa para no preocuparme.

—Anoche no pude dormir. Cuando pienso en las veces que hemos discutido, en las veces que no la he apo-

yado lo suficiente por el problema con mi mamá, quizás cuántas veces habrá llorado y sufrido por mi culpa. Pero ya nunca más...

—¿Qué problema con tu mamá? —preguntaron a coro Diego y Pablo.

Doña Elvira abrazó al joven y les habló a los niños.

—Su madre está casi postrada en una silla de ruedas y tiene un problema al corazón. Por eso teme que si Felipe se casa, la va a abandonar y ella terminará muriéndose en un asilo. Así es que cuando falleció su marido, hizo jurar a Felipe que no se casaría hasta que la entierre a ella. Y es por eso que no se ha casado todavía; hay que esperar hasta que ella entienda de a poquito que Margarita es buena, que la va a querer y a cuidar como a una madre.

—¿Qué va a hacer Jorge ahora? —preguntaron los primos.

—Cualquier cosa —se lamentó Felipe—. Ir a hablar con doña Eugenia, preguntarle a la gente, encargarla a otras comisarías, cualquier cosa, cualquier tontera, en circunstancias que está claro que a ella algo le hicieron por el camino. Estoy seguro, lo presiento, lo sé. En realidad, no puedo seguir acá simulando que estoy trabajando. Miren cómo dejé esta pobre corvina. Tengo que ir a recorrer de nuevo los caminos; no saco nada con

quedarme aquí como un inútil mientras ella me necesita —dijo y se sacó el delantal, limpió los cuchillos y salió del puesto—. Me voy a buscarla.

—¿Qué puedo hacer yo? —señaló doña Elvira al tiempo que se miraba las manos y las frotaba nerviosamente.

—Usted debería volver a la casa y quedarse ahí. Tal vez Margarita llame o alguien sepa algo y quiera comunicarse con usted. Yo voy a pasar más tarde a verla, ojalá con buenas noticias —concluyó Felipe y se fue. Caminaba con paso rápido y nervioso. La mujer se despidió y partió en otra dirección.

Pablo y Felipe caminaron por la arena, hasta llegar a la casa. Cada uno iba pensando y casi no hablaron.

Entraron y sintieron el olor a pan tostado. Sólo entonces se dieron cuenta de que no habían tomado desayuno y que tenían mucha hambre.

Antonia y Camila habían estado a cargo de prepararlo esa mañana y, definitivamente, no eran avaras. Sobre la mesa se alineaba todo lo imaginable para el desayuno de un ejército de personas hambrientas. Mientras comían, les contaron a los demás lo que había sucedido.

—Yo creo que tiene otro novio y abandonó a Felipe y no se lo quiere decir —sentenció Pablo, mientras cubría de mermelada su pan con queso.

—Esa es una idea anticuada —dijo Antonia con expresión de sabiduría profunda y milenaria—. Hoy en día, si a una mujer ya no le gusta su novio, se lo dice y listo. Nadie se escapa y arma un enredo por algo tan simple.

—Es cierto —recalcó Camila—. Mi hermana mayor ha tenido seis *pololos* (*) y cada vez que ha terminado, no ha habido drama.

—Ya les dije lo que pasó —suspiró Antonia, cual profesor en su trigésimo año de trabajo consecutivo—: el viejo loco es el culpable. Seguro que la mató. Lo típico.

—¿Típico? —intervino el papá—. ¿Me puedes explicar qué tienen de típico los asesinatos, para ti?

Antonia miró hacia el techo buscando inspiración y paciencia. Luego explicó su teoría y se recostó en el respaldo de la silla, esperando aplausos o al menos alguna felicitación por su astucia como detective.

—Yo sé que ustedes no conocen a la joven que desapareció —dijo la mamá—, pero no se les olvide nunca que es un ser humano, una persona que les importa a otros seres. Tú haces burla de la situación —miró a Antonia y luego a los primos—, y ustedes encuentran que es una diversión que haya un misterio en el pueblo. Re-

(*) Pololos: así se le llama en Chile a quienes desarrollan una relación sentimental previa al noviazgo.

cuerden que es un problema que puede ser muy grave, que hay gente sufriendo por lo que pasa y ustedes deben respetar esos sentimientos.

Todos se quedaron en silencio. Sarita murmuró:

—Deberíamos salir a buscarla.

—No se trata de eso —continuó su mamá—, hay gente especializada que lo está haciendo y además puede ser peligroso. Que no participes no quiere decir que no te importe.

—Nosotros estamos investigando —contó Pablo.

—Espero que no se estén metiendo donde no les importa ni molestando a la gente en su trabajo —dijo el papá.

—Por supuesto que no —habló Diego, dándole una patadita a su primo por debajo de la mesa—. Sólo escuchamos lo que nos cuentan y sacamos conclusiones.

—¿Y qué han concluido los genios? —se burló Antonia.

—Todavía nada, pero vamos a... —empezó a decir Diego.

—¡No le contestes! —advirtió Pablo—. Todo lo que digas será usado en tu contra.

La abuela se había mantenido en silencio. Estaba furiosa con su hija porque no le permitía organizar una noche de póker en la casa. 'A lo más un té-canasta', le había dicho. ¡Como si eso fuera juego de verdad! Apenas una distracción para las viejas. O una entretención

para niños que aún no saben auténticos juegos de naipes. Es cierto que había perdido mucho dinero en las mesas de juego y casinos y carreras de caballos y apuestas, durante su vida. Y que por eso no tenía ahorros. Pero eso no era razón suficiente para que le impidieran divertirse de vez en cuando. 'No digo todos los días, pero un par de veces a la semana, por lo menos', le había manifestado a su hija, quien se mantenía inflexible, por lo que la abuela le hacía ver, con su silencio, que estaba enojada en serio.

Sin embargo, la conversación de sus nietos le dio una idea:

—Les propongo algo. Hagamos una lista de personajes sospechosos y situaciones posibles. Cada uno escribe su hipótesis en un papel y da una cantidad de dinero. Si uno tiene dos o más hipótesis, debe dar dinero cada vez que escriba una. Yo guardo todo en un sobre cerrado y cuando el misterio se solucione, lo abrimos, leemos las respuestas y quien acertó, se lleva el pozo de dinero acumulado.

—¿Y si aciertan dos? —preguntó Antonia.

—El pozo se divide en partes iguales entre quienes dieron la respuesta correcta.

—¿Y si nadie le apunta? —continuó Antonia.

—Se le devuelve su plata a cada persona. Fijemos la cantidad... A ver, por acá tengo unos papelitos y un

lápiz —intruseó en su cartera—; a ver, dónde metí ese lápiz y...

—Lo siento —dijo la mamá—, pero en esta casa está prohibido hacer apuestas.

—Déjanos, mamá —suplicaron a coro—, por favor. Es una buena idea, un desafío a la inteligencia.

—Tal vez podríamos transar —opinó el papá—. Hacen sus apuestas, pero sin dinero. Y al que gane, entre todos lo invitan a comerse un helado o algo por el estilo.

La abuela se cruzó de brazos y masculló:

—¡Qué aburrido!

A los niños les pareció una excelente idea y cada uno escribió su hipótesis en un papel. La abuela los recibió con desgano y dijo que en esa casa no sabían hacer apuestas verdaderas.

'Son sólo aficionados', pensó. Y sirvió en su plato el enorme pedazo de kuchen de manzana que quedaba.

En el cerro del Ahorcado

Como en la tarde no despejó, los niños salieron a caminar. Cuando pasaban frente al hotel salió Mauricio corriendo:

—¡Antonia, hola! Ah, y hola a todos.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Diego—. Vamos al cerro del Ahorcado. Camila quiere verlo antes de que oscurezca.

—Si llego a oír el famoso lamento, el pelo se me va a poner blanco —tembló Camila.

—Nunca nadie lo ha oído —afirmó Antonia—. Acá no sucede nada. Es así de simple.

—Tal vez podría ir un rato con ustedes —dijo Mauricio—. A esta hora no pasa nada...

—¿Viste? —saltó Antonia—. Él vive acá y lo dice: no pasa nada.

—Me refiero a que hay menos trabajo en el hotel, como no es hora de comida...

—Lo dicho, dicho está —siguió Antonia.

—Tiene una enorme capacidad de molestar —dijo Pablo.

—Ilimitada —agregó Diego.

Mauricio caminaba entre las dos amigas y conversaban. Sarita recogía piedras y conchas por el camino y se las echaba al bolsillo.

En el cerro no había sendero, así es que tuvieron que subir entre las rocas y la maleza. Como Antonia se quejaba de los rasguños que le hacían las ortigas, Mauricio avanzaba unos pasos más adelante aplastando los brotes de maleza y limpiándole el camino.

—¡Mira las flores de los cactus! —señaló Sarita—. Es el color morado más lindo que he visto en mi vida.

—¿Alguna vez los has comido? —preguntó Mauricio.

—¡No, si no se puede! —rió Sarita.

—¿Comerse la flor o la parte espinosa? —preguntó Camila.

Mauricio les explicó:

—Tú tomas una piedra y partes una punta del cactus. Tienes que tener cuidado de no pincharte. Mira, en su

interior es blanco como una manzana. Con una cuchara, que en este caso no tenemos, así es que será con una conchita...

—¡Toma, yo tengo miles! —chilló Sarita.

—Perfecto. Con ella sacas la carne, te la echas a la boca y succionas. Pruébala.

Mauricio sacó pedazos de fruta para todos.

—Es desabrido...

—... pero un poco dulce..

—... y tan jugoso...

—... nunca hubiera pensado que los cactus eran así por dentro.

—Es que guardan agua —explicó Mauricio—. Tienen raíces profundas con las que sacan agua de la tierra. Y como su corteza es tan gruesa, no se evapora.

—Pobrecitos cactus. Tantos esfuerzos que hacen por sobrevivir y nosotros comiéndolos sin necesidad —se lamentó Sarita.

—A la planta no le pasó nada —sonrió Mauricio.

Pablo y Diego buscaron infructuosamente el lugar donde, el año anterior, habían enterrado a un pingüino que llegó moribundo a la orilla del mar y que finalmente murió a pesar de los esfuerzos que hicieron por salvarlo.

—¿Por qué este cerro se llama del Ahorcado? —preguntó Camila, cuya curiosidad fue más fuerte que su te-

mor.

Entre todos le contaron la leyenda del hombre que había llegado a comienzos del siglo veinte, montado a caballo y junto a un enorme perro negro, con unas alforjas repletas de no se sabía qué. Se refugiaba entre los matorrales del cerro y el perro vigilaba. Una mañana apareció ahorcado. Las alforjas ya no estaban y el perro aullaba junto al hombre que colgaba desde la rama del árbol. Nadie pudo acercársele para bajarlo, porque el perro amenazaba y echaba espuma por la boca. En los tres días siguientes, tres hombres amanecieron muertos. Se descubrió que ellos habían robado las alforjas, porque las tenían vacías, escondidas. Al tercer día el perro desapareció y los lugareños enterraron al ahorcado, sin saber nunca quién era ni qué transportaba.

—¡Brrr! Los misterios me ponen nerviosa —tembló Camila.

—Hablando de misterios, ¿se ha sabido algo de Margarita? —le preguntó Pablo a Mauricio.

—Nada todavía. Sé que Jorge habló con don Roberto y doña Eugenia...

—¿Qué le dijo ella? —interrumpió Diego.

—Nada. Sólo le cortó el pelo, la peinó y después se fue. Comentó eso sí que iba donde don Roberto, y doña Eugenia le dijo 'la paciencia suya', y Margarita se

encogió de hombros y respondió que le daba lo mismo, que cada cliente tiene sus cosas y que ella no juzgaba a nadie.

—¿Qué más ha investigado? —siguió Diego.

—Sé que también conversó con Diana, una amiga de ella, pero no había detectado nada extraordinario. Claro que como era un día especial para Margarita, para ella todo era diferente, pero a la vez, ese día tenía poco de raro.

—¿Tú conoces a Margarita? —preguntó Antonia.

—La ubico solamente. Es una niña tranquila, callada, como temerosa, de esas personas que caminan por la calle con la cabeza baja y se ponen coloradas por todo.

—Entonces no calza que haya sido reina —afirmó Antonia—. Las reinas de belleza tienen que tener personalidad. Una mujer tímida no se habría presentado como candidata.

—Es cierto, pero lo que pasa es que también es bonita. Y todos le decían que lo hiciera, que no tendría que hablar, a lo más decir gracias y sonreír. ¿Tú no te presentarías? —y Mauricio se puso rojo al mirarla.

—Es diferente —dijo Antonia. Diego se sorprendió al descubrir un leve rubor en las mejillas de su prima. Iba a decir algo al respecto, cuando habló Sarita:

—Nosotros hicimos apuestas para saber por qué des-

apareció. ¡Ojalá que gane yo y me den mi helado y también porque yo puse en el papel que no le había pasado nada malo, sino que le dio vergüenza el concurso y se escondió y ya va a volver.

—Mira qué chinche eres —dijo Antonia—, dijiste lo que pensabas y ahora todos sabemos que tú no vas a ganar.

—¡No importa que lo haya dicho! —saltó Camila—. De repente es mejor que cada uno diga antes lo que cree y si alguna idea es buena, se la podemos contar a la policía para que investigue.

—¡O investigamos nosotros! —dijo Pablo.

Antonia frunció el ceño y preguntó:

—¿Y la apuesta?

—Yo creo que la apuesta corre igual, no sé qué opinan ustedes —intervino Mauricio—. Les propongo que cada uno cuente su idea, y los demás le hacemos preguntas.

Todos estuvieron de acuerdo y empezaron a hablar. El primero en hacerlo fue Diego:

—Yo estoy confundido, pero creo que alguien la raptó. Tal vez en la peluquería oyó algo que no debía o vio algo prohibido —como un robo, un asesinato, una estafa— y ahora la tienen encerrada para que no hable. Ya sé que es una idea un poco descabellada, pero esta desaparición no tiene sentido.

—Pero si ella hubiera visto u oído algo, por ejemplo un asesinato, el asesino no tiene cómo saber que ella lo vio. Además no ha habido ningún asesinato, ni robo grande ni nada —dijo Mauricio.

—Yo estaba pensando en algo menor, tal vez una clienta le robó la billetera a otra y Margarita la sorprendió, algo de ese nivel.

—Nadie la haría desaparecer por tan poco —dijo Pablo.

—Tal vez ella chantajeaba. Puede ser un caso de hace más tiempo —siguió Diego—. Ella vio un crimen, amenazó al asesino con hablar si no le pagaba, él lo hizo una y otra vez, hasta que se aburrió y decidió eliminarla a ella.

—¿Margarita chantajeando a alguien?! —saltó Mauricio—. Eso sí que no calza.

—Has decaído, querido primo —dijo Antonia—. Ahora me toca a mí, para que no te sigas humillando. Yo sé que el avaro mató o secuestró o lo que sea a Margarita. Es lo lógico. Si yo fuera la policía, le apretaría las clavijas al hombre y lo haría confesar. Es seguro que si rastrean en su casa, algo van a encontrar. Y ahora te toca a ti, Camila.

—Espera —cortó Diego—. ¿Por qué él habría hecho eso?

—Da lo mismo, qué importa —suspiró Antonia—.

Porque ella rompió algún jarrón fino, porque el pelo le quedó mal, por lo que sea. No le pidas lógica a un loco. Tal vez no haya tenido la intención de matarla; seguramente la empujó en medio de su furia, ella cayó mal y él prefirió ocultar el cadáver antes que meterse en líos.

—Es raro, pero no es mala idea —dijo Mauricio.

—Él no va a encontrar malo nada de ella —susurró Diego al oído de Pablo.

—Está loco —contestó su primo, también susurrando.

—¡Se me ocurre algo! —intervino Camila—. ¿Y si tuvieras razón, pero fue otra la causa? A lo mejor él estaba enamorado de ella, la encontraba tan linda y calladita, se le declaró, ella se negó, discutieron y por eso la mató. Por celos, pasiones y cosas de esas.

—¿Es tu idea desde el comienzo? —preguntó Antonia.

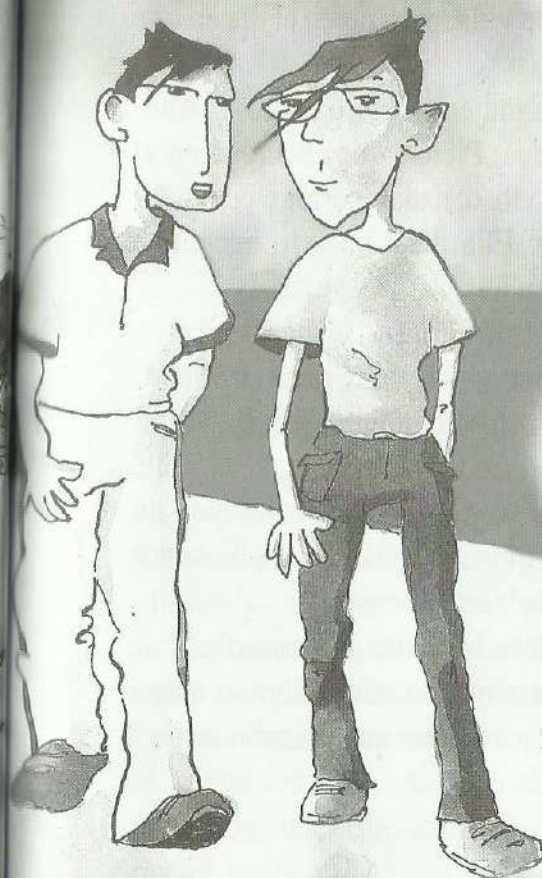
—No, pero también me parece posible. Yo voté porque aquí hay un asunto de celos. Tal vez la niña que salió perdedora en el concurso o una antigua novia de Felipe discutió con ella, sin querer la empujó y la lanzó por un barranco o algo por el estilo. Así es que sugiero averiguar por ese lado, la antigua novia o la candidata se va a quebrar, va a llorar y confesar todo. Si lo hacen rápido, todavía puede estar viva.

—Definitivamente, los celos es un tema que te atrae— opinó Diego.



Mauricio dijo:

—Sería buena tu idea si no fuera porque la novia anterior de Felipe ya se casó con otro, vive en el puerto y hasta tiene una guagua. Y en el concurso de belleza no



hubo envidias ni celos.

No que yo sepa. Pero también le voy a decir a mi hermano.

Yo creo que es importante conocer todas las ideas.

—Y tú, ¿qué piensas? —le preguntó Antonia.

—Supongo que se aburrió de Felipe y de su madre manipuladora, y de las pocas perspectivas en su trabajo, y se fue. En unos días más va a llamar a su madrina y le va a avisar que está en tal o cual pueblo, que se consiguió otro trabajo y listo.

—Yo también creo que esa

sería la teoría lógica —opinó Diego—, si no fuera por el detalle de la coronación. En un día cualquiera, uno pensaría que quiso cambiar de vida, pero no en el día en que la hacen reina.

—Quién entiende a las mujeres —dijo Pablo—. Ahora yo les voy a dar mi idea. Pienso que se ahogó en el mar. Cuando yo estoy nervioso, nadar, correr o cualquier otro ejercicio, me relaja. Ella debe haberlo hecho, se metió en la resaca y no pudo salir.

—¡Qué pena! —se lamentó Sarita—. Ojalá que tú pierdas y que todos pierdan porque ella no se tiene que morir.

Los amigos hicieron gestos cómplices, dándose a entender unos a otros que no era bueno preocupar a Sarita.

Diego dijo:

—Lo más probable es que tú tengas razón. ¡Te vamos a tener que comprar un helado inmenso!

Acordaron ir a la feria en la noche y juntarse la tarde del día siguiente para comentar lo que Mauricio averiguaría con su hermano y para saber qué opinaba respecto de las hipótesis de cada uno.

Hablando y hablando

El sol estaba definitivamente escondido, las nubes oscurecían el cielo y las olas se agitaban furiosas. El papá les prohibió a Pablo y a Diego salir en bote mientras no mejorara el tiempo. En vez de eso, fueron a la ciudad del puerto y almorzaron en una de las picadas a orillas del mar.

La abuela se dedicó a formular acertijos a los niños y, como siempre, Diego fue el que los adivinó.

Les planteó que un hombre y su hijo van en auto y sufren un accidente. Ambos quedan malheridos y los llevan a hospitales diferentes. Cuando al niño lo van a operar, el médico dice que no puede hacerlo, porque ese niño es su hijo. (3)

(3) La solución del acertijo se debe buscar al final de la novela.

Antonia se enfureció porque no fue ella quien acertó con la respuesta.

—¡Cómo no me di cuenta! —rezongó.

—Me pregunto si es astucia o suerte —reflexionó la abuela—. Porque si es suerte, estaríamos yendo a un casino esta noche y todas las noches para hacer quebrar la banca.

—Es puro cerebro —dijo Sarita.

En la tarde, los primos salieron a pasear por el pueblo. Diego quería conversar con una persona relacionada con el misterio.

—Esta desaparición no tiene sentido —decía—; me pregunto si alguien podrá decirnos algo que nos dé luces.

Se dirigieron a la peluquería 'Más Belleza', donde trabajaba Margarita. Al entrar, vieron a una mujer que le hacía un gigantesco moño a una señora, en tanto otra de las dependientas le aplicaba barniz en las uñas.

—¡Es increíble! —dijo Pablo con admiración—. ¡Una verdadera obra de ingeniería!

—¿Qué buscan, jóvenes? —balbuceó la mujer que hacía el moño mientras sostenía varias pinzas dentro de su boca, sin que se le cayera ninguna.

—¿Está doña Gladys?

—Soy yo, la que viste y calza.

—Buenas tardes doña Gladys. Yo soy Diego y él es mi primo Pablo.

—¿Quieren algún peinado especial? —se rió la mujer. Era alta y corpulenta, con el pelo de un color rojo furioso. Se notaba que era del tipo amigable.

Diego respondió:

—Por ahora no. La verdad es que queríamos saber qué piensa usted de la desaparición de Margarita.

—¿Son parientes de ella o...?

—No. Somos amigos de su novio y nos da lástima verlo tan apenado.

—Ah, *Marrgarrita* —suspiró la mujer a la que le estaban haciendo el moño, con un indiscutible acento francés—, tiene las manos suaves, *perro* le falta *fuerrza* y decisión. *Porr* eso es buena *parra corrtar*, *perro* no *pa-rra hacerr* peinados especiales.

—¿Qué les gustaría saber? —preguntó doña Gladys.

—Usted la conoce más —empezó a decir Diego— y nos puede contar qué sospecha. A cada persona que le preguntamos, nos dice que ella es dulce, tranquila, tímida, que nunca se metería en líos y eso no coincide. Me refiero a que a la gente así no le pasan cosas extrañas, ni hacen cosas raras por gusto.

Doña Gladys sonrió. Puso unas horquillas en el moño, dio unas vueltas a unos mechones y les dijo:

—Eso lo dicen porque han vivido muy poco y visto casi nada. La gente hace cosas que uno no espera. Yo también pienso que Margarita es una chica dulce y prudente. Me sorprende que se haya ido, es cierto, pero no me extraña. No sé si me entienden, pero lo que sucedió es algo posible. Es factible que las jóvenes se enamoren de otro y se larguen. O que les ofrezcan un trabajo en la capital y se vayan.

—Pero ella no le avisó a nadie. Eso es raro —dijo Pablo.

—Más que *rarro* es maleducado. *Preocuparr* así a su *pobrrre madrrina*. Perro la juventud no tiene *considerración* con los *mayorres*, hacen lo que se les antoja y ya está. A mis hijos *siemprre* les digo que...

—¿Usted no cree que puede haber tenido un accidente o que alguien le haya hecho algo? —preguntó rápidamente Diego, que ya se había dado cuenta de que la señora francesa pertenecía a la categoría de las conversadoras.

—No. Estoy segura de que ella está bien. Miren, niños, cuando se tienen veinte años, se sueña con muchas cosas maravillosas. El mundo que está un poco más allá parece un lugar idílico, donde se van a realizar todos los anhelos.

Después uno ve que la vida está aquí mismo y que no hay que ir lejos para encontrarla. Pero, como bien dicen, la experiencia es igual que la escobilla de dientes; únicamente para el uso personal. Uno no saca nada con hablarles, tienen que darse cuenta por sí mismos.

—Aquí tenía de todo —insistió Diego—: trabajo, una madrina que la quiere como hija, un novio...

—Ella debe de haber querido algo más —dijo doña Gladys—. No todo lo que brilla es oro. Este es un buen trabajo, pero sólo en los veranos, quizás ella soñaba con los grandes salones de Santiago. Felipe es un buen muchacho, pero sin grandes perspectivas de progresar y no se casa con ella por el asunto de la madre que, entre paréntesis, no está ni la décima parte de lo enferma que pretende. Entonces, ¿qué ata a Margarita a este pueblo? Nada. Sólo su madrina y seguramente la va a llamar más adelante. Tal vez ya lo hizo y ustedes no están enterados.

—A las muchachas no les *agrrada darr* explicaciones. Corren *detrrás* de *prrimerro* que se les *crruza*.

De pronto, la joven que estaba pintando las uñas de la mujer francesa, prorrumpió en llanto. Dejó caer una lima y escondió su cara entre las manos. Entre sollozos decía:

—Los chicos tienen razón. Algo debe de haberle pasado. Ella no haría eso y menos ahora. Ahora menos que nunca.

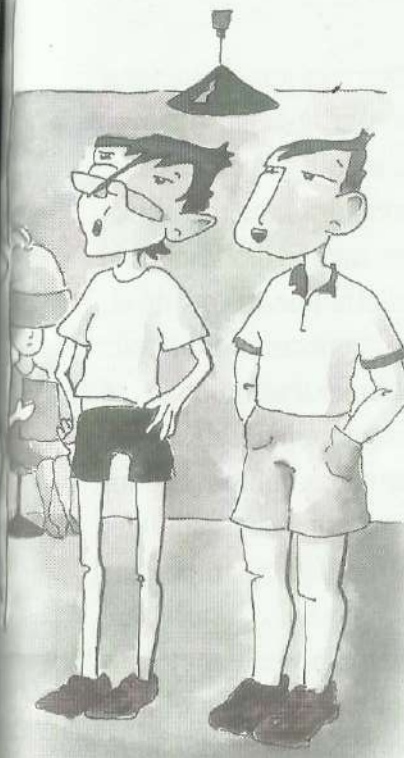


Doña Gladys la consoló con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

—No llores, Diana. Guarda tus lágrimas para cuando de verdad pase algo. La coronación no es tan importante como tú crees. Quizás ella la valoraba menos de lo que parece.

—No es eso, no es eso...

Los primos agradecieron a doña Gladys por haber con-



versado con ellos, y se fueron. A través de la vitrina, vieron a Diana enjugándose las lágrimas con un pañuelo y retomando su trabajo. El moño en la cabeza de la mujer francesa era monumental y, al parecer, seguiría creciendo aún más, sin límites, desafiando la fuerza de gravedad.

Aún era temprano para ir al hotel a encontrarse con Mauricio y los demás. Lentamente, caminaron por la costanera hasta llegar a la comisaría. Por la ventana, se

veía a Jorge de perfil, escribiendo en una antigua máquina.

—¡Estos informes! —suspiraba.

Lo saludaron a través del vidrio y él les respondió con un gesto amigable, pero siguió en su trabajo.

—¿Entremos a preguntarle qué ha sabido?— dijo Pablo.

—Mejor no. Se ve que está muy ocupado y podría enojarse con nosotros. Y en ese caso, después no va a

querer decirnos nada. Además, Mauricio nos va a contar lo que sabe.

Empezaron a caminar y a alejarse de la comisaría. Cuando ésta era sólo un distante cuadrado verde entre-medio de las casas, se vio aparecer una figura femenina que entró aceleradamente, cerrando la puerta tras de sí. Los primos dieron media vuelta y regresaron.

—Sería muy vergonzoso que nos sorprendieran espiando —susurró Diego—, así es que ¡silencio!

Se parapetaron bajo el alero del techo, junto a la ventana abierta. La voz llorosa de Diana era apenas audible.

—No sé si es importante... o sea, sé que es importante, pero no sé si para la investigación sea necesario que sepan esto... es que es el secreto de ella y a lo mejor no es vital, no tiene nada que ver... no quiero que ella se sienta traicionada, pero tampoco quiero pensar que todo se entiende mal porque no saben esto... ¿lo que yo diga es como secreto de confesión o no?

Jorge aprovechó la pausa para hablar por primera vez.

—No. Evidentemente, yo no voy a contarle a nadie nada gratuitamente. Pero si se requiere usar la información y darla a conocer, lo voy a hacer.

—No sé qué hacer. Si yo digo que sé, con toda seguridad que ella no se fue por su voluntad, ¿ayuda en algo?

—Algo. Pero no mucho. ¿Sospecha dónde puede ha-

ber ido?

—Lo que le digo es que sé que ella no se fue. No podía. Por eso es que hay que buscarla. Algo grave le pasó —le tembló la voz y los primos supieron que estaba llorando.

—Tal vez no. Si le hubiera pasado algo, la habríamos encontrado. En cambio, si alguien se va por su voluntad, es mucho más difícil dar con su paradero.

—Es que Margarita no se puede haber ido por gusto, menos estando embarazada...

—¿Embarazada?

—Por favor, no se lo diga a nadie si no es necesario. Ella se casó hace unos meses con Felipe. Lo hicieron en secreto para no tener problemas con la mamá de él y porque ella tampoco quería abandonar a su madrina y sabían que era imposible que vivieran los cuatro juntos. Pero hace unos días descubrió que estaba embarazada. ¡Si viera lo contenta que se puso! Ahora iban a tener que enfrentar la situación y arreglárselas de un modo más normal. Se lo iba a decir a Felipe después de la coronación. Por eso es que ese día era tan especial para ella y estaba tan emocionada; no por la fiesta, sino por lo que vendría después.

—Mayor razón para creer que su desaparición es voluntaria. A último momento le dio temor encarar a

Felipe, a su suegra y a su madrina y huyó. Tal vez...

—Parece que usted no quiere entenderme. Ella estaba feliz, en las nubes, adora a Felipe y la idea de tener una guagua la emocionaba más que nada en el mundo. Margarita es de esas mujeres que nacieron para casarse, cuidar su hogar y tener hijos, muchos hijos. Ella nunca se habría ido y mucho menos de esta forma. ¿Por qué todos creen que se arrancó? ¿De quién? ¿Para qué?

En ese momento, Diego y Pablo sintieron una enorme mano que se posaba en sus hombros. Dieron un gran salto y vieron a don Roberto que los miraba con fijeza.

—Qué buena costumbre tienen. Oyendo a través de las paredes. Espiar, se le llama a eso.

—No es lo que usted piensa —dijo Pablo—. Nosotros estamos tratando de ayudar y como justo llegó esa joven a decir algo relacionado con el caso, creímos que no importaría que...

—Sin embargo, oyeron un secreto que no debieron escuchar y eso importa. Vine a buscar mi pluma, que se me quedó esta mañana cuando firmé mi declaración sobre los hechos, y lo primero que veo es a unos mocosos espionando por la ventana. No sé qué irá a decir Jorge cuando le cuente —masculló don Roberto, quien parecía estar gozando con la idea de acusarlos.

—También debería decirle que usted estaba espionando

junto a nosotros —dijo Diego con firmeza—. Si no, ¿cómo sabe que nos enteramos de lo que no debíamos?

—Yo escuché por casualidad. En cambio, ustedes lo hicieron con premeditación. Pero no voy a discutir. Permiso —y entró a la comisaría.

Mientras caminaban rumbo al hotel, Diego le dijo a Pablo que no tenían motivo para preocuparse: don Roberto no hablaría y ellos se evitarían un mal rato.

—Lo que me molesta —agregó—, es que él se haya enterado. No sé por qué, pero me da mala espina. Estoy por creer que él tiene que ver con el asunto, aunque no tiene sentido.

—Ojalá que no. Imagínate lo insoportable que estaría Antonia si fuera ella la que tenía razón —agregó Pablo y tembló ante esta posibilidad.

Mauricio los recibió en la salita contigua a su dormitorio. Las niñas ya habían llegado y Antonia habló primero, en tono festivo:

—Nosotras sabemos algo que ustedes no saben.

—Nosotros también —saltó Pablo.

—Hablando y hablando —propuso su hermana.

Hubo una larga discusión acerca de si los primos debían o no respetar el secreto escuchado. Al final optaron por decir una verdad a medias; Margarita estaba planeando casarse en secreto con Felipe, lo iban a hacer justo

después de la ceremonia de coronación. Por eso es que su desaparición no podía ser voluntaria.

—Al revés —dijo Antonia—. Eso le daría la razón a Mauricio. Le asustó la perspectiva de su futura vida, pasarse años y años en este pueblo, amarrada a un pescador muy simpático, pero que nunca se va a mover de aquí. Estoy por creer que esa es la verdad. ¿Puede ser posible que yo me hubiera equivocado y el avaro no tenga nada que ver?

—¿Qué es lo que saben ustedes? —cortó Pablo.

—Entraron a robar en la casa de la señora Elvira —sintetizó Camila.

La madrina de Margarita estaba muy nerviosa y no podía dormir, así es que una vecina le convidó unas pastillas tranquilizantes. Por eso no escuchó nada, pero en la mañana encontró el dormitorio de su ahijada completamente revuelto, los adornos en el suelo, el contenido del closet desparramado. Hasta ese momento no sabía si le habían robado algo; parecía que no. Era como si alguien hubiera estado buscando una cosa.

—¿Se han encontrado huellas, pisadas o algo así? —preguntó Diego.

—Nada —respondió Mauricio—. Entraron por la ventana del dormitorio que, según doña Elvira, nunca ha cerrado bien, y no hay huellas; seguramente usaron guantes.

Parece que la persona se colgó de la cortina al entrar, porque estaba en el suelo. La tierra del patio se ve revuelta, como si hubieran tratado de borrar las pisadas con una especie de barrido.

—¿Qué dice tu hermano?

—Jorge está desconcertado. Él piensa como yo, que ella se fue por gusto y que ya aparecerá. Esto del robo, que no sabemos si es robo, da la impresión de que hay algo oscuro detrás de todo esto. Pero, ¿qué?

—Me imagino que ella no tiene mucha plata, para qué le iban a querer robar. Sobre todo ahora que su ahijada desapareció. Nadie puede ser tan malo —suspiró Sarita.

Se quedaron serios, reflexionando un rato. Parecía como si de pronto todos hubieran sentido que el problema de Margarita no era tan sencillo, que tal vez estaba sufriendo y que no era una diversión tratar de averiguar la verdad.

Antonia fue la primera en cortar el silencio.

—¿Y si jugáramos al *Whist* mientras tanto?

—Mejor *Chiflota* —opinó Diego.

—El *Whist* es el juego donde más se usa la cabeza, primito. Me extraña que tú quieras otro.

—Yo no sé ninguno de esos —dijo Sarita—. El *Whist* no lo entiendo y la *Chiflota* es para cuatro y siempre me deján fuera. Juguemos Carioca.

—Para jugar tonteras, entonces prefiero algo completamente fácil y divertido, sin uso de neuronas, como El Ocho Loco —sentenció Antonia.

—¡Eso! —exclamó aliviada Camila—. Por fin nombraron algo que yo conozco.

Armaron una mesa y jugaron hasta que el sol se puso. Mauricio tuvo que irse a ayudar a su mamá y los demás se fueron a su casa. En el camino, Diego y Pablo se apartaron del sendero y le pidieron a Antonia que avisara que ellos irían en un rato más.

—¿Qué secreto ocultan? —les preguntó burlona.

—Tenemos algo que indagar —respondieron.

Anduvieron hacia el pueblo y, en el gran almacén, preguntaron la dirección de Margarita. Se adentraron por unas calles estrechas hasta que encontraron la casa que buscaban y tocaron el timbre.

La vivienda era pequeña y estaba entre varias otras idénticas. En el antejardín se veía un macizo de rosas muy bien cuidado y contra el muro crecía una enredadera de cardenales rojos. A través de la puerta, oyeron la voz temblorosa de una mujer:

—¿Quién es? ¿Qué pasa, qué quiere?

—Perdone que la molestemos. Somos nosotros, los amigos de Felipe, ¿se acuerda? Él es Pablo y yo soy Diego. Estamos tratando de ayudar a encontrar a Margarita.

La puerta se abrió y doña Elvira los hizo pasar.

—¡Angelitos! ¡Como si ustedes pudieran hacer algo! Se agradece la intención, pero... —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nosotros queríamos saber si usted ya ordenó el dormitorio de Margarita y descubrió si faltaba algo.

—Le guardé sus cositas como siempre. Pero no falta nada.

—¿Está segura?

—No. Ella se preocupaba solita de su ropa y de sus asuntos, así es que yo no sé exactamente cuántas blusas tenía o cuántas toallas. Puede ser que falte ropa. Y lo mismo pasa con los adornos que usaba; sé que tiene montones de joyas de fantasía, pero como no veo bien, no estoy segura... Me parece que todo está igual.

—¿Le importa si miramos su pieza?

La mujer los guió hasta el pequeño cuarto de Margarita. El amoblado era una cama, un velador, un estante repleto de muñecos de peluche y una silla con cojín. La puerta del clóset estaba entreabierta y se veía la ropa en orden, colgada o doblada.

—Me dio bastante trabajo ordenarlo todo —contó la mujer.

—¿Habían vaciado los cajones? —preguntó Diego.

—¡No sólo eso! También botaron la ropa de los ganchos y los adornos; parecía que además de buscar algo

les gustara hacer daño.

—En verdad que parece no faltar nada importante —murmuró Pablo.

—¿Usted sabe dónde guardaba ella sus cosas secretas, como diario de vida, dinero o algo así?

La mujer reflexionó antes de responder la pregunta de Diego.

—Ahora que lo mencionas, me acuerdo haberla visto escribiendo en un cuaderno algunas noches. También sé que ella es ahorrativa y que siempre tiene sus pesos guardados. Sólo que no sé dónde esconde sus cosas. Deben estar por ahí —y empezó a buscar en el cajón del velador y entre los monos de peluche del estante.

Los primos miraban cómo escarbaba, sin encontrar nada. No dejó lugar sin revisar. Ellos le ayudaron mirando debajo de la cama y en los rincones del clóset.

—Parece que no está —concluyó doña Elvira—. Y es raro, porque sé que ese cuaderno existe. Dinero, no estoy segura. Pero del cuaderno doy fe que estaba.

—¿Sería eso lo que buscaban los ladrones anoche? —preguntó Pablo.

—¿Y para qué lo iban a querer? Una jovencita como mi ahijada escribe sólo acerca de sus sueños, de sus amores, de sus amigas. ¿A quién más que a ella le puede importar tenerlo?

—¿Y si hubiera escrito algo que diera la pista de su desaparición y por eso quisieron rescatarlo? —dijo Diego.

—Yo ya no entiendo nada —suspiró la mujer—. Margarita, tan linda, tan inocente. No puedo pensar que le hayan hecho algo.

Entretanto, Diego miraba para un lado y otro. Tocaba las tablas del piso, como si buscara una que estuviera suelta que sirviera de escondrijo. Revisó cada mono de peluche, para ver si estaba descosido. Lo mismo hizo con los cojines y el colchón, pero tampoco encontró nada. La mujer dijo:

—Yo sólo le pido a Dios que a Margarita le haya venido la locura por lo del concurso o alguna de esas crisis de la juventud, como me dicen todos. Ojalá que sea cierto. Sería una decepción para mí que ella haya hecho eso, pero un alivio al pensar que no le ha pasado nada malo, que nadie le ha hecho daño...

Los niños le agradecieron su hospitalidad, se despidieron y salieron. Diego se paseó por el jardín y observó las huellas.

—Parece que barrieron con una rama —murmuró Pablo.

—Fíjate en las huellas del barrido. Son varias decenas de líneas iguales. ¿Con qué tipo de rama se puede

haber hecho eso?

—Tal vez una rama de palmera.

—Pero aquí cerca no hay palmeras. Sólo eucaliptos y pinos. Las hojas de los pinos no dejan huellas como esa. Mira.

Ensayó el barrido sobre tierra con ramas de pino, de macrocarpas y de eucaliptos.

—No tiene sentido —dijo Diego.

—Tal vez lo hicieron con un rastrillo o escoba. Podríamos preguntarle a doña Elvira dónde los guarda y ver si tienen tierra.

—No creo, pero es importante comprobarlo.

Tocaron a la puerta y le preguntaron a doña Elvira por esas herramientas. Les aseguró que ella no tenía un rastrillo y que la escoba estaba guardada en la cocina y no le había visto señales de tierra.

—¿Y está aún ahí? Porque si no fuera así... —sugirió Pablo.

—Desde aquí se ve, apoyada contra el marco de la puerta de la cocina. Si quieren examinarla...

—Por favor —dijo Diego—. Ya sé que parece absurdo, porque si barrió afuera, no estaría aquí sino en el patio. Pero hay que comprobar los detalles para descartar hipótesis.

Doña Elvira sonrió ante la seriedad con que hablaba

Diego. Caminaron por el pasillo hacia la cocina. A la izquierda se encontraba la puerta abierta del cuarto de Margarita. Mientras Pablo revisaba la escoba y negaba con la cabeza, dando a entender que la escoba estaba limpia, Diego lanzó una exclamación, sin despegar la mirada del dormitorio:

—¡La cortina! ¡Por eso botaron la cortina!

Corrieron hasta la pieza de la joven y Diego señaló el doblez de la cortina.

—¡Miren! Está descosido. La basta de la cortina forma una especie de gran bolsillo de género. Seguramente aquí guardaba Margarita sus secretos. ¡Y ahora no hay nada! La persona que entró buscó hasta descubrir este escondrijo. Y se llevó lo que había.

—Deberíamos decírselo a la policía —murmuró preocupada doña Elvira.

—Por supuesto.

—Voy a ir inmediatamente a la comisaría. Niños, será mejor que no toquen nada y salgan conmigo.

Ya era la hora de comer. Los primos recordaron que a ellos les correspondía poner y retirar la mesa ese día. Seguramente estaban todos furiosos esperándolos, así es que echaron a correr, deseándole la mejor de las suertes a doña Elvira.

Un paseo de noche

Frente a la casa vieron la silueta de la mamá, de la abuela y de Sarita, que miraban con preocupación hacia los costados de la calle.

—¡Ahí vienen! —gritó la abuela—. Yo aposté a que no les había pasado nada y que se quedaron paveando por ahí.

—Saben que no se deben atrasar —dijo la mamá—. Estábamos preocupados por ustedes. El papá salió en el auto a buscarlos.

—¡Mi hermanito! ¡Mi primito! —dijo Sarita y se abrazó a la cintura de cada uno de ellos—. Pensé que a ustedes los habían raptado igual que a Margarita.

—Perdón —dijeron—. Nos atrasamos porque estábamos investigando y fuimos hasta el pueblo. Y nos de-

moramos en caminar hasta aquí más de lo calculado.

—¡Ahí viene el papá! —dijo Sarita mientras le hacía señas desde lejos.

Dentro de la casa, la mesa estaba puesta y la comida en su punto. Antonia exclamó:

—A los atrasados nosotras tuvimos que hacerles su trabajo, así es que en castigo, ellos van a lavar toda la loza y mañana van a hacer todos nuestros turnos y se quedan sin salir y ya veremos qué otro castigo merecen.

—No exageres —cortó el papá—. Ellos van a levantar la mesa y a lavar la loza, pero no van a reemplazarte a ti en tus otras responsabilidades. Y lo que sí van a explicar es qué han estado haciendo y por qué se demoraron tanto, si saben que eso es algo que nos preocupa.

Los niños explicaron lo que había pasado en su visita a la casa de doña Elvira. A su vez, Antonia preguntó a Diego:

—¿Guardaría ahí la plata de las extorsiones, sobornos y todas esas atrocidades que tú supones?

—Yo no supongo atrocidades, sino que planteo hipótesis.

—Puedes decirlo en elegante, pero sigue siendo lo mismo.

La mamá intervino, haciéndolos callar. Se les prohibió que volvieran a hablar en la mesa de la desaparición

de Margarita. Hicieron planes para salir en bote al día siguiente con el papá, organizaron la ida a la feria por la noche y se rieron con los chistes que contó Diego.

Mientras lavaban y secaban la loza, Diego murmuró a su primo:

—Cuando vayamos a la feria, lleva tu linterna.

Pablo no sospechaba para qué sería, pero sintió en el estómago el cosquilleo que anticipa la acción.

Esa noche, deambularon un rato entre los juegos y se comieron un paquete de churros. Lentamente, se separaron de la familia y salieron del recinto. Pablo preguntó:

—¿Dónde vamos? ¿Tú crees que no se van a dar cuenta?

—Si nos apuramos, no. He estado pensando dónde hay palmeras. Y la única respuesta que se me ocurre es al final del bosque, antes de las dunas.

—Pero las palmeras son altas. ¿Cómo sacarles una rama?

—A veces caen o tal vez haya algunas palmeras pequeñas... No sé. Es probable que no tenga nada que ver, pero es la única pista que se me ocurre.

La noche estaba despejada y no necesitaban alumbrar con la linterna. Rodearon el pequeño bosque y llegaron hasta un claro donde había un conjunto de palmeras. Antiguamente, esa zona se había proyectado como un parque y se plantaron variadas especies. Des-

pués, el asunto no prosperó y quedaron ahí, grandiosas y solitarias.

—Mira las ramas en el suelo —observó Pablo—. Tú tienes razón, de aquí debió llevárselas. Pero, ¿para qué? ¿Por qué salió desde aquí? No hay casas ni nada. Nadie vive aquí.

—Es cierto. Pero es un buen lugar para esconder a alguien. Si atraviesas las dunas, están las cavernas, donde puedes pasar el día sin que nadie te sorprenda. Y de noche, el bosque es un escondrijo perfecto. Fíjate que, si lo atraviesas en diagonal, llegas rápidamente al pueblo. Si un tipo no quiere ser sorprendido, éste es el lugar.

—¿Tú crees que es alguno de otro pueblo?

Diego se encogió de hombros. Él también estaba desconcertado, aunque trataba de que no se le notara.

Caminaron por las dunas hacia las cavernas. La arena era suave y delgada, como harina recién cernida. El cielo estaba iluminado por las estrellas y la cara nueva de la luna los guiaba. El mar parecía adormecerse al compás de sus propios movimientos.

Llegaron a la arena húmeda, en la rompiente de las olas, donde comenzaban las cavernas que el agua había socavado en las rocas durante siglos. Iluminaron la entrada con la linterna y dirigieron el haz de luz hacia su interior.

—No sé si debamos entrar —dijo Pablo.

—Podríamos investigar en las primeras cavidades y ver si encontramos algo. Yo tampoco creo que sea prudente adentrarse mucho: no es fácil encontrar la salida —señaló Diego retrocediendo—. Espera. Busquemos algunas conchitas para que dejemos señalado el camino. Como Pulgarcito.

Recorrieron varios de los pasadizos interiores de las rocas. La humedad y el olor a mar habían impregnado las paredes. En el silencio sólo se escuchaba el sonido agitado de la respiración de los niños.

—Hay demasiadas huellas —murmuró Pablo.

—Todo el mundo viene a visitar las cavernas. Tenemos que llegar más adentro para ver si hay algo importante.

Los pasadizos se combinaban como las ramas de un árbol, formando un laberinto intrincado y circular. Las huellas de pisadas y de restos de basura habían desaparecido casi por completo.

—La gente ya no llega hasta acá —señaló Diego.

—Hace frío. ¿Tú crees que la raptaron y la tienen encerrada aquí?

Las paredes de la caverna goteaban en algunas partes. En ciertos tramos el techo descendía tanto que debían avanzar de rodillas sobre la arena húmeda y fría.

Tras uno de estos túneles estrechos, llegaron a la entrada de una sala ancha y alta, de forma irregular.

—¡Mira! —gritó Pablo— ¡Alguien hizo fuego aquí!

En uno de los recovecos del lugar se veían los restos de una fogata. Diego dijo:

—Tenemos que buscar a ver si encontramos algo más. El fuego pudo hacerlo cualquiera.

Iluminaron el suelo de cada uno de los espacios. En un rincón, escondida, estaba una bolsa plástica cerrada. La tomaron y vieron su interior.

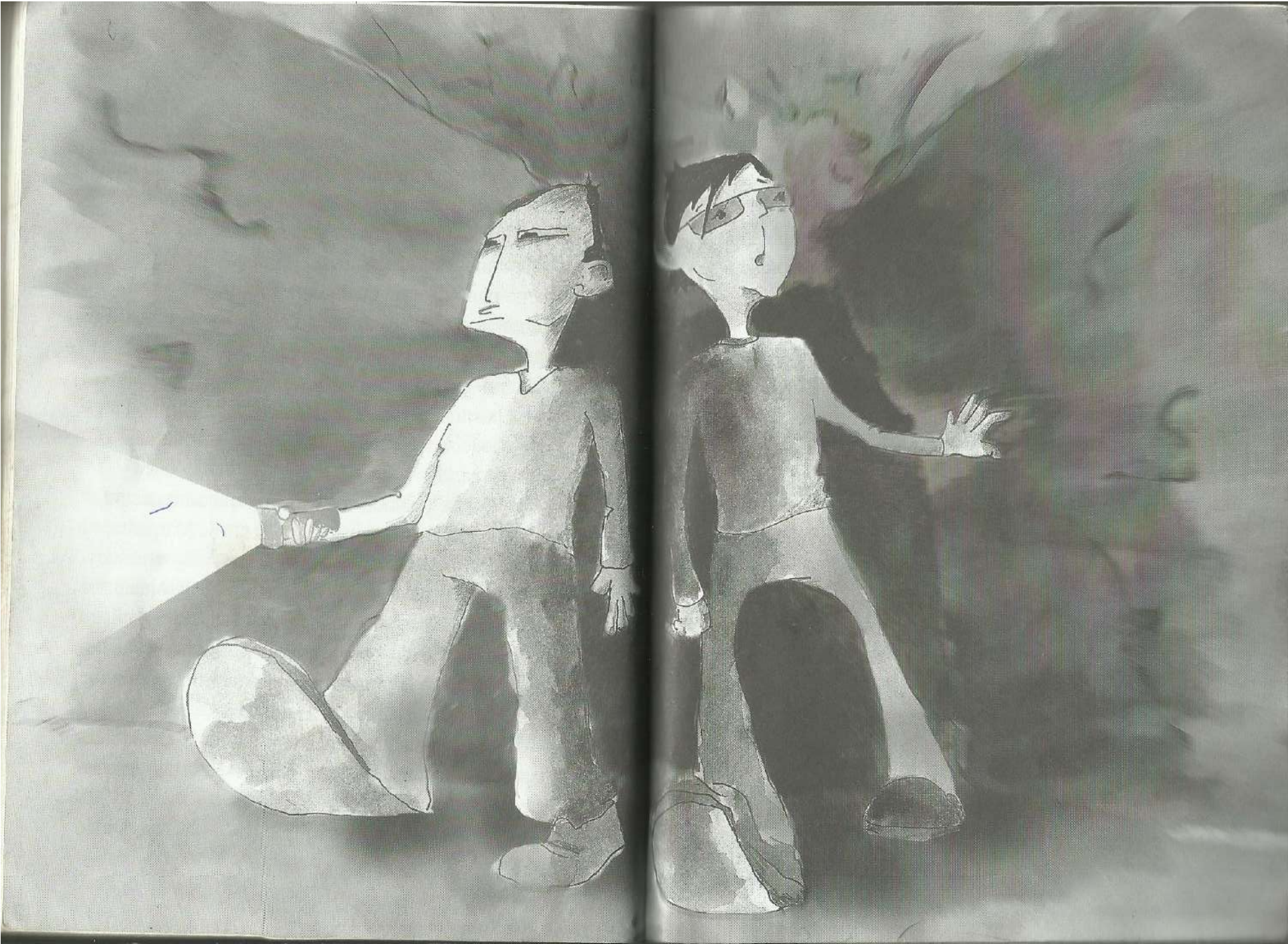
—Es basura —Pablo parecía decepcionado—. Parece que el secuestrador es muy considerado; la dejó ordenada y cerrada.

—Papeles de galletas, envase de jugo, corontas de manzanas... ¡fíjate! Es una peineta rota. Si era de Margarita, su tía podrá decírnoslo. Guardémoslo todo tal cual y avisémosle a Jorge para que venga a investigar. Tal vez hay huellas o alguna pista que nosotros no logramos ver.

Salieron corriendo y no dejaron de correr hasta que llegaron a la feria. A la primera persona que encontraron fue a la abuela.

—¿Qué les pasa que vienen tan agitados? Cualquiera pensaría que han estado corriendo. Y ya están grandes para andar correteando entre la gente.

—¿Cómo es que no está jugando? —le dijo Diego



cambiando el tema, mientras esperaba que su respiración volviera al ritmo habitual.

La abuela hizo un mohín y se cruzó de brazos. Era evidente que estaba molesta.

—No tengo dinero. Me dejaron seca. Y mi propia hija no quiere prestarme nada, a pesar de que es obvio que a una mala racha la sucede una buena. Sólo es cuestión de tiempo. De tiempo y de capital —puntualizó.

—Yo tengo algo —expresó Pablo escarbando en su bolsillo—. Podríamos comprar un cartón de Bingo.

La abuela miró el billete con un leve desprecio. Apenas alcanzaba para un cartón y no había cómo estirarlo para que sirviera para la mesa de juego.

—Si a eso le llamas jugar...

Compraron un cartón y esperaron que se iniciara la siguiente vuelta. Al poco rato se unió el resto de la familia y cada cual jugó un cartón. Sólo Camila se ganó uno de los premios secundarios, un canastillo con cremas y maquillajes, ante la mirada furibunda de los demás.

—¡Nunca me gano nada! —rezongó Antonia.

—Ni yo —dijo Sarita.

—Y yo menos —agregó Diego.

—¿Y para qué podrías querer el canastillo? —se burló Antonia—. ¿Para verte más *bello* aún?

—No le contestes; se pone peor —advirtió Pablo.

—No pensaba hacerlo —se rió Diego. Los primos cruzaron una mirada cómplice; nadie se había dado cuenta de su pequeña excursión nocturna.

Un día de sol

La mañana se iluminó con fuerza y claridad a través de las ventanas abiertas. Una suave brisa movía las ramas de los árboles cercanos y las olas se mecían silenciosas en el mar calmo.

—¡Hoy podemos ir a pescar! —exclamó Pablo, dando un salto desde la cama.

—No tan rápido —dijo Diego—. Lo primero que tenemos que hacer es visitar a Jorge en la comisaría.

Se prepararon unos sándwiches mientras el resto de la familia dormía y se los comieron durante la caminata hasta el pueblo. En la comisaría le contaron a Jorge de sus hallazgos y él les dijo que iría inmediatamente a verificarlo.

—Dejamos un caminito de conchas —aclaró Pablo.

—Eso me va a ayudar. Aunque me conozco esas cavernas como la palma de la mano; las he recorrido desde que era niño.

—¿Quieres que pasemos a la casa de doña Elvira y le digamos que venga en un rato más a reconocer la peineta? —preguntó Pablo.

—Por favor —les dijo mientras se ponía la gorra y salía.

Fueron a visitar a la madrina de Margarita. Estaba cortando hojas de los arbustos y armando un inmenso ramo.

—Así las flores se lucen más, entremedio del verde —comentó.

Los niños le dieron el recado y le preguntaron si había descubierto algo nuevo.

—Nada. Dice Jorge que el hecho de que haya desaparecido el dinero no da más pistas. Y además que yo no puedo jurar que la haya tenido ahí, así es que ni siquiera es un robo lo que pasó, sino una cosa que se llama llamamiento o... ¿cómo me dijo?

—¿Allanamiento de morada? —preguntó Diego.

—Eso.

—Doña Elvira, yo quisiera preguntarle algo —dijo Diego—. Supongamos que nosotros estuviéramos equivocados y Margarita se hubiera ido por su cuenta. ¿Dónde estaría?

—Es que ella nunca haría algo así, no me causaría tanta pena ni abandonaría a Felipe ni...

—Eso lo sabemos. Pero pongámonos en esa situación. No hay que descartar ninguna hipótesis —dijo Diego.

—Jorge me preguntó lo mismo desde el primer día. Y aparte de su prima que vive en el puerto y trabaja de mesera en el restaurante Salvavidas y vive sola, sin rendirle cuentas a nadie, no sé a quién más podría recurrir. Y ahí no está, porque la misma noche de la coronación, ella vino y fue la primera sorprendida con su desaparición. Si hubiera llegado por allá, me habría avisado hace rato. Además, Jorge la llamó e interrogó y, por supuesto, no sabe nada y está tan afligida como nosotros. También tenemos familia en Angol, pero es imposible que Margarita se fuera tan lejos, porque con ellos nos escribimos a la casilla y fuimos por última vez hace tantos años, que no creo que supiera llegar sola ni tuviera la confianza de pedirles que la escondieran. ¿Y por qué habría ella de hacerlo? Si ese es el asunto. No hay razón para que ella se haya ido por su gusto.

—Estoy cierto de que esto se va a arreglar muy pronto —afirmó Diego con gran seguridad.

—¡Dios te oiga! —suspiró la mujer—. Y ahora perdonen que los deje solos y entre a la casa, pero se acerca la mamá de Felipe y a esa señora yo no la puedo ver

ni en pintura. No contenta con haberles amargado el noviazgo, ahora anda diciendo que mi niña se fue de fiesta.

Doña Elvira cerró la puerta de su casa y los niños observaron a la mujer que avanzaba lentamente, apoyada en un bastón, hacia los almacenes. Sin decirse una palabra, ambos caminaron detrás de ella.

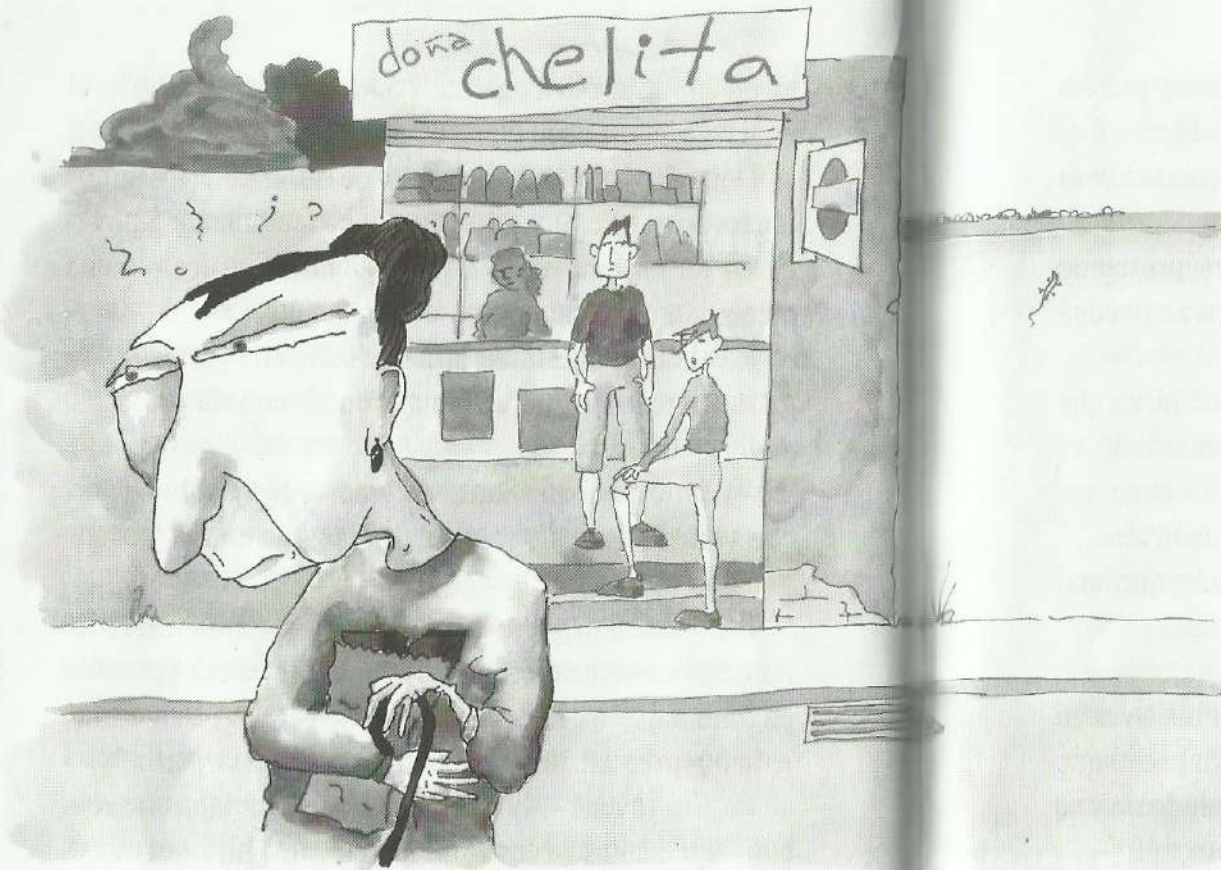
Frente a la puerta de la panadería, una gata con sus gatitos retozaban y ni se inmutaron al sentir la presencia de los primos.

—Menos mal que Sarita no vino —dijo Pablo—, porque vería los gatos y se quedaría la tarde entera pegada jugando con ellos.

Entraron al negocio y, mientras miraban la mercadería de los estantes, escuchaban a la mujer conversando en tono bajo con la dependienta. Al parecer, esta última le había preguntado si había noticias de Margarita.

—¡Esa joven! —la mamá de Felipe hablaba con rencor—. ¡Cuántas veces le he dicho a mi hijo que no es mujer que le convenga! Pero él ni me atiende y ahí tienen los resultados. ¿Desaparecida? ¡Ja! Se fue a buscar fiesta a otra parte, eso es todo.

—No sé —murmuró la mujer del negocio—, hay mucha gente que está preocupada y no cree que ella se haya ido así como así, sin motivo. Imagínese que esta podría ser una ola de desapariciones que recién está co-



menzando, tal vez un asesino, un sicópata...

—Si algo le hubiera pasado, habrían encontrado el cuerpo.

La dependienta golpeó tres veces el mesón de madera y exclamó una oración breve. Luego le dio el vuelto a la mamá de Felipe y ésta salió lentamente, cargando la

mayor parte de su peso en el bastón con cada paso.

—¿Valdrá la pena seguirla? —preguntó Pablo—. Porque yo tengo ganas de ir a pescar. El papá ya nos debe estar esperando en la caleta.

Diego parecía estar reflexionando muy seriamente. Le pidió a su primo que se fuera a la caleta y que si él no llegaba a tiempo, no lo esperaran, aboradaran el bote y salieran a pescar.

—En el peor de los casos, estoy de vuelta a la hora de almuerzo —le gritó mientras se alejaba.

Pablo quedó muy extrañado, tanto, que no atinó a preguntarle nada y se fue rumiando sus dudas, hasta encontrarse con el papá. Una vez montados en el bote, se olvidó de la desaparición de Margarita y se dedicó a disfrutar de la pesca durante toda la mañana.

Cuando entraron a la casa cargando sus peces y aperos, se cruzaron con Antonia y Camila que venían rojas como jaibas.

—¡Les va a dar insolación! —exclamó la mamá—

¿Cuántas horas estuvieron al sol? ¿Se pusieron protector solar?

—Usamos bronceador —confesó Camila, extendiendo un tubo.

—Este apenas tiene factor 2. No se han protegido nada. Van a ir a darse una ducha casi fría y ya no pueden salir más hasta que el sol se ponga.

—Y tómense una aspirina. O dos —agregó Sarita que ya tenía experiencia en esto de quemarse demasiado.

—Hablan tanto que no han tenido tiempo de enterarse de que la capa de ozono está perforada —se rió Pablo.

—¿Dónde está Diego? —preguntó la abuela, que acababa de recordar una prueba de ingenio estúpida.

—Sí, ¿dónde está? —se oyeron las voces a coro.

En ese momento golpearon la puerta con insistencia. Sarita se abalanzó a abrirla, y ahí vieron a Mauricio que respiraba entrecortado, como si viniera llegando de una carrera, mientras todos le preguntaban a coro:

—¿Qué pasa?

—¿Le pasa algo a Diego?

—¿De dónde vienes?

—¿Estás solo?

Mauricio logró un ritmo relativamente acompasado en su respiración y dijo:

—Calma, no pasa nada, vengo a avisarles que apare-

ció Margarita, es decir, Diego la encontró y ahora están todos en la comisaría y ya se llevan a don Roberto y por eso él se atrasará un poco, me mandó a decir —habló de un tirón.

Por supuesto, nuevamente lo bombardearon a preguntas, cuyas respuestas él no sabía.

—Sólo sé que Diego descubrió dónde estaba y que a ella no le pasó nada. Mi hermano Jorge dice que Diego ya podrá venirse, sólo tiene que terminar de declarar.

—Voy a ir a buscarlo —dijo el papá y salió.

Los demás se quedaron a esperar con impaciencia, haciendo todo tipo de conjeturas respecto de lo que habría sucedido.

—Lo único importante es que yo tenía la razón —se ufano Antonia—; el viejo loco era el culpable. ¡Mm, ya puedo paladear mi helado y escuchar las alabanzas de todos ustedes!

—¡Por suerte a ella no le pasó nada! —exclamó Sarita.

—¿Qué hizo Diego para encontrarla? —hablaba Pablo consigo mismo—. No puedo entenderlo, si hace unas pocas horas estábamos desconcertados, no teníamos idea.

—¿Para qué puede haberla querido raptar el avarro? —preguntó Camila.

—Da lo mismo; la cosa es que lo hizo y yo lo supe

desde el primer momento —señaló Antonieta.

—Supongo que no pueden demorarse mucho en volver —dijo la mamá—. Creo que es mejor que terminemos de poner la mesa para que todo esté listo cuando ellos lleguen. Así, mientras almorzamos, Diego nos puede contar qué ha pasado.

Se pusieron a trabajar, sin dejar de comentar lo sucedido. La abuela insistía que ése era su nieto, astuto y sagaz, de inteligencia preclara, como ella misma.

—No salió por generación espontánea, no señor —recalcaba—, estas son cualidades hereditarias. Salió a mí.

Después de reflexionar un rato, Sarita dijo:

—Entonces todos nosotros también somos geniales porque somos tus nietos. Y la mamá más todavía, porque es tu hija.

—Eso me recuerda algo: en el auto viajan dos hijos, dos padres y un abuelo. ¿Cuántas personas son? —preguntó rápidamente la abuela.⁽⁴⁾

En ese momento se sintió el ruido del motor de un auto. Corrieron a la puerta y Diego hizo su entrada triunfal junto al papá de los niños. Por supuesto, lo bombardearon con preguntas que él fue respondiendo calmadamente mientras almorzaban.

(4) La solución del acertijo se debe buscar al final del libro.

—¿Cómo fue todo?

—¿Qué le hizo el avaro a Margarita?

—¿Por qué?

—¿Lo metieron preso?

—¿Vas a salir en los diarios?

—¿Cómo te diste cuenta?

Diego comenzó a relatar su historia:

—No es que yo me diera cuenta de todo *ipso facto*, pero desde el principio me molestó esta desaparición sin sentido. Y, por otra parte, como no había motivo para secuestrarla ni huellas de que le hubieran hecho daño, algo me decía que no era ni lo uno ni lo otro...

—... sino todo lo contrario —la abuela terminó la frase citando el título de una famosa obra.

—¿Cómo que ni lo uno ni lo otro, si resultó que el viejo la había raptado como yo, atinadamente, me di cuenta desde el primer instante, anticipándome al resto del mundo? —preguntó Antonia.

—Él no la raptó —aclaró Diego—. Ella se fue por su cuenta. Estaba en la casa de su prima, en el puerto.

Todos quedaron desconcertados. Recién les habían dicho que don Roberto estaba detenido y ahora resultaba que Margarita se fue por su voluntad.

—Entonces la que tenía razón fui yo —sonrió Sarita—. Le dio vergüenza lo del concurso y se arrancó.

—También Mauricio pensaba que se trataba de algo así —agregó Antonia.

—*Mauriiiiiciooooo* —canturreó Pablo mientras recibía patadas de su hermana por debajo de la mesa.

—Creo que lo más sensato sería que todos se callaran y permitieran que Diego cuente cómo descubrió el misterio —cortó la mamá.

—Y cuál era, porque yo no estoy entendiendo lo que se dice nada —dijo Camila.

—Lo que pasó —siguió Diego— es que Margarita se asustó de don Roberto y como temía que él le hiciera algo, se fue a esconder a las cuevas y luego donde su prima. Por eso es que la desaparición parecía voluntaria y no calzaba que fuera el mismo día de la coronación. Yo me di cuenta de esto cuando fuimos a visitar a su madrina. La señora nos contó que habían tirado al suelo los vestidos y los peluches, como si hubieran querido desordenar por gusto y no por estar buscando algo. ¿Y quién podía haber sabido dónde estaban las cosas, pero quería aparentar una especie de robo, para aumentar la sensación de que la habían raptado? Sólo Margarita. Había vuelto a buscar su dinero y marcharse al puerto, a la casa de su prima. Y como el dinero la tenía junto con su diario de vida, también se lo llevó.

—¿Por qué se arrancó de don Roberto? ¿A qué le te-

mía? —preguntó intrigada la mamá.

—Eso fue lo que más me costó descubrir —sonrió Diego—, pero después me acordé de lo que me contó Jorge respecto del robo de la famosa estatua tan fina, que nunca apareció. ¿Quién en este pueblo la habría robado? Porque si fuera un televisor o un auto o joyas, podría ser cualquiera. Pero esa estatua tan especial, ¿a quién podía interesarle o, por último, quién sabría a quién vendérsela una vez robada? Porque con las obras de arte pasa eso; lo más difícil es comercializarlas. Así es que me di cuenta de que la única persona que estaba capacitada para robarla era el propio don Roberto.

—¿Robarse a sí mismo? Qué idea tan tonta. A lo mejor es verdad que está loco —comentó Sarita.

—¿Se robó a sí mismo para cobrar el dinero del seguro y además quedarse con la figura? —preguntó el papá.

—Claro. Yo pensé que eso debía ser lo que Margarita había descubierto y de hecho, así fue. Al parecer, como ya había transcurrido casi un año, don Roberto la sacó del escondite donde la tenía y la puso en un rincón de la casa, cerca de su dormitorio. Margarita le cortó el pelo en el baño y, cuando ya se iba, recordó que se le había quedado un peine. Bajó corriendo las escaleras y fue hacia la izquierda en lugar de la derecha, vio la estatua, recuperó el peine y cuando volvió a subir, le comentó a

don Roberto: 'Qué bonita la estatua que compró; es casi igual a la que le robaron, esa de la foto que Jorge le andaba mostrando a todo el mundo por si la habían visto. No apareció nunca, ¿verdad?' Y en ese momento, percibió la mirada fría y amenazante de don Roberto y se dio cuenta de todo.

—¿Y por qué no fue de inmediato donde Jorge, a la comisaría? —preguntó Pablo.

—Ella dice que le dio miedo. Porque, entre que denunciara, le creyeran y empezaran a indagar, estando tan ocupados con la inauguración de la feria, pasaría suficiente tiempo para que él le hiciera algo. Así es que se fue a las cuevas, estuvo una noche y un día ahí, y luego se dio cuenta de que era absurdo, que tenía que ir donde su prima, contactarse con esos investigadores del robo que habían venido desde Santiago y luego aparecer. Ella sabía cuánto estarían sufriendo Felipe y su madrina, pero no podía decirles, no sabía si don Roberto estaba averiguando o qué; era mejor que él pensara que le había sucedido un accidente.

—Por eso él estaba tan interesado en el caso —comentó Pablo—. Entonces, la basura que encontramos en las cuevas la dejó ella y el peine roto era suyo.

—Efectivamente —dijo Diego.

—¡Estás hablando con voz de detective de película!

—se rió Sarita.

—¿Qué hiciste durante la mañana? —preguntó la mamá.

—Busqué a Felipe y nos fuimos a ver a Margarita. Estaba encerrada en el departamento de su prima, sola, porque ella había ido a su trabajo. Al principio no abrió ni preguntó quién era, para que el departamento pareciera vacío, pero cuando oyó la voz de Felipe, se desarmó y corrió a sus brazos.

—¡Qué romántico! Me fascinan los finales felices —exclamó Camila.

—Y mucho más feliz fue cuando él supo que ella estaba esperando guagua y que por fin iban a hacer público su matrimonio secreto y a vivir juntos —terminó de decir Diego junto con tragar ruidosamente un inmenso bocado de congrio.

—Este niño se va a ahogar si sigue comiendo así —comentó la abuela, que había consumido dos o tres veces más que cualquiera de las personas de la familia y se estaba sirviendo un enorme pedazo de pastel que desbordaba el plato.

—¿Estaban casados?! —exclamó Antonia, que no podía resistir enterarse tarde de lo sucedido.

—¿Se casaron a escondidas y se perdieron la fiesta, los regalos, la ceremonia, la torta y todo? —preguntó Camila, pues no podía creerlo. Es que ella tenía planes

definidos para su futuro y en ellos no entraba la idea de un matrimonio secreto.

—La mamá de Felipe se va a enfurecer cuando lo sepa —dijo Pablo. Y les contó a los demás lo que habían visto y oído en la mañana.

—Las suegras son así. Desde el comienzo de la historia de la humanidad, las suegras cumplen el glorioso papel de hacerles difícil la vida a los recién casados. Si no, todo sería demasiado simple y aburrido —opinó Antonia.

—‘Dichoso Adán que no tuvo suegra’ —se rió el papá.

—¡Esa va para ti, abuela, defiéndete! —saltó Diego.

—Quién se excusa, se acusa. No tengo nada más que decir —habló la abuela con fingido orgullo y luego abrazó a su yerno. Afortunadamente, nunca habían peleado y la abuela encontraba que su hija había escogido al mejor de los maridos.

—Estoy segura de que cuando la mamá de Felipe sepa que va a ser abuela, va a pensar diferente —dijo la mamá—, y cuando vea nacer al bebé se va a olvidar de todos sus males y de sus rencores.

—¿Apostarías por eso? —preguntó la abuela.

—Capaz que la señora hasta deje de cojear para que le permitan cuidar al bebé —sonrió el papá.

—Entonces, después de visitar a Margarita en la casa de su prima, ¿qué más hiciste? —insistió la mamá.

—Llamamos a la comisaría para hacer los contactos con los investigadores de Santiago, la gente del seguro y todo eso. Jorge estaba feliz porque finalmente iba a poder demostrarles que él, sin ayuda de nadie, pudo resolver el caso.

—¿Cómo que solo? ¡Tú lo resolviste! —saltó Pablo.

—En el fondo lo resolvió Margarita. Y ella habría terminado apareciendo y haciendo lo correcto. Mi ayuda sólo sirvió para que todo se solucionara más rápido. Nada más —dijo Diego.

—‘*La humildad de la grandeza*’, firmado: Diego —ironizó Antonia.

—No creo que don Roberto sea tan torpe como para mantener la estatua en su casa —dijo el papá—. Aunque, en realidad, ¿dónde podía llevarla sino al mismo escondite del año anterior?

—La están buscando por todos los rincones de la casa y del jardín, y estoy seguro de que la van a encontrar —afirmó Diego—. Lo que más me molesta en todo esto, es que don Roberto haya sido capaz de envenenar a sus propios perros para estafar a los del seguro y quedarse con la estatua y el dinero.

—¿Se le murieron los perritos? —preguntó alarmada Sarita.

—Sólo uno de ellos —continuó Diego—, pero con

los venenos nunca se sabe si es la dosis exacta para no hacer daño. De hecho, uno de los dos perros sobrevivientes quedó para siempre echado, casi no come ni se mueve, no ladra, no juega... y no tiene más de dos años.

—¡Qué malo! —Sarita parecía furiosa—. Se merece que lo encierren. Pero, espérate... si lo meten en la cárcel, ¿quién va a cuidar a los perros?

—No te preocupes, son perros tan jóvenes y hermosos que sin duda van a encontrar un hogar entre gente que los querrá y cuidará más que don Roberto —dijo la mamá.

—El que está sano es joven y lindo, pero al enfermito, ¿quién lo va a querer? Y si nadie quiere a ese perrito, ¿podemos quedárnoslo nosotros? Les prometo que yo me haría cargo de darle la comida, limpiar lo que ensucie y enseñarle a pasear y a ladrar y a estar contento —insistió Sarita.

—Ya veremos —sonrió el papá.

—Y todo esto que hizo don Roberto, ¿para qué? Para atesorar más y más plata que no es capaz de disfrutar —opinó Antonia.

—¡Ojalá que yo nunca me ponga así! —suspiró Camila.

—¡Ni yo! —exclamaron otras voces a coro.

—Creo que ha llegado el momento de verificar las apuestas —dijo la abuela, abriendo su cartera—. Por fin

sabremos quién había pensado correctamente desde el principio.

—Ya lo sabemos todo —se rió Diego—. Y yo creo que las ganadoras son Sarita y Antonia, porque la desaparición fue voluntaria, pero a la vez producida por don Roberto.

—¿Y cómo sabes tú lo que ellas dijeron? —dijo la abuela desconcertada, ya que nunca se separaba de su bolso y el sobre con los papeles de la apuesta estaba perfectamente cerrado en su interior. Una cosa era que Diego adivinara los acertijos y otra muy diferente que supiera los pensamientos de los demás.

—Porque todos lo dijimos el otro día en el cerro del Ahorcado, no nos pudimos aguantar la curiosidad —confesó Camila.

—¡Hablaron antes de tiempo! Definitivamente, no pueden ser nietos míos, no saben mantener el rigor de una apuesta. Y para colmo, me han tenido haciendo el ridículo, cuidando este absurdo sobre —y con un gesto dramático, lo partió en varios pedazos y agregó: —No voy a ser cómplice de una apuesta viciada.

Todos pusieron la expresión más seria posible en sus semblantes, aunque en su interior sonreían. Empezaron a hacer planes para esa tarde y para todos los días que les quedaban por delante.

Fin del verano

El último día de vacaciones hubo una gran fiesta en la caleta para celebrar el matrimonio religioso de Felipe y Margarita. Entre los puestos cruzaban lienzos de color blanco y el suelo estaba cubierto de ramas verdes sobre las cuales caminaron los novios y se juraron amor eterno delante de la gente del pueblo.

—¡La novia se ve preciosa! —exclamó Camila, mientras saboreaba unas conchitas con cebiche.

—Como su vestido es sencillo, se resalta su belleza natural —opinó Antonia con aires de experta en modas y esperó la sonrisa aprobatoria de Mauricio y de algunos de los jóvenes que se hospedaban en el hotel, con los que habían formado un grupo de amigos.

—¿Vamos a ver los regalos? Los tienen en el puesto de Felipe, como si fuera una exposición —dijo Sarita.

—Yo te acompaño —sonrió la abuela—, pero no te imagines que son regalos entretenidos como los que recibes para tu cumpleaños. A los novios les dan cosas para la casa: jugueras, planchas, manteles, ollas, etcétera.

—Todo lo necesario para hacerle saber a la novia que se acabó la diversión y empezó el trabajo doméstico —comentó Antonia.

—A mí me gusta cocinar y todo eso —dijo Camila.

—De vez en cuando, puede ser. Pero todos los días de tu vida, sin que nadie te lo agradezca... —agregó Antonia con cara de tragedia.

—Tal vez eso era antes —sonrió Mauricio—. Ahora los hombres comparten el trabajo de la casa con su mujer.

—¡Ja! —exclamó Antonia con tono dramático, aunque se daba cuenta de que Mauricio hablaba en serio, porque ayudaba a su mamá todos los días en lo que fuera necesario.

Sarita y la abuela caminaron lentamente hacia el lugar en que estaban los regalos. Detrás de la niña avanzaba el perro enfermo de don Roberto, al que nadie había querido. Sarita lo había adoptado y no se despejaba de él. Lo acariciaba constantemente y le hablaba para alentarle a progresar un poco cada día. El perrito movía la



cola sin cesar mientras miraba a la niña con los ojos brillantes de cariño.

—¡Mira, ahí está el cuadro que pintó mi mamá! Se ve



tan real que dan ganas de lanzarse al mar —opinó Sarita y luego murmuró a la abuela: —Si tú te fijas bien, es el regalo más bonito de todos.

—Estoy de acuerdo.

En ese momento se acercaron Pablo y Diego, con sendas medallas meciéndose en sus pechos al ritmo de cada paso que daban. Desde que obtuvieron el segundo lugar en el concurso de pesca, no se habían descolgado las medallas ni para dormir. Ya tenían una decena de copias de la foto que se tomaron durante la premiación, donde aparecían exhibiendo el enorme pez que

atraparon, para mostrársela a sus compañeros de colegio. La semana previa a la competencia, Felipe les había enseñado algunos trucos, les preparó carnadas y les señaló dónde estaban los mejores bancos de peces. Claro que esa parte no la

iban a contar con muchos detalles.

—Abuela, ¿tienes lápiz y papel? —preguntó Pablo.

—En mi cartera siempre hay de todo. ¿Para qué los necesitan?

—Para hacerte una prueba —sonrió Diego—. Todo lo que tienes que hacer es anotar el día de tu nacimiento y el número correspondiente al mes. Por ejemplo, yo nací el 12 de marzo y anoto 123.

—¡Yo nací el 7 de octubre y anoto 710! —dijo Sarita, quien ya tenía su lápiz y papel en las manos.

—Bien, aunque la gracia es que no lo digas —siguió Diego con seriedad—. A ese número lo van a multiplicar por 2, luego le agregan 5, lo multiplican por 100, lo dividen por dos, le agregan su propia edad y los 365 días del año. ¿Listo? (5)

—Espera un poco, no soy una calculadora viviente —dijo Sarita.

—Esta juventud es lenta porque están acostumbrados a que las máquinas les solucionen todo —habló la abuela extendiendo su papel con un número de cinco

(5) La solución del acertijo se debe buscar al final de la novela.

cifras. Diego lo tomó, anotó algo breve en él y dijo con solemnidad:

—Abuela, tú naciste el 16 de mayo y tienes cuarenta... ¿45 años?

—Eso es imposible —agregó Pablo.

—Fallaron —dijo la abuela con satisfacción.

—Eres tramposa; no pusiste tu verdadera edad.

—Por supuesto que no. Desde el primer momento me di cuenta hacia dónde iba dirigido el truco. A escudriñar la edad de una pobre anciana. Desde ya les digo que eso es de pésima educación —dijo dando media vuelta y se dirigió hacia la mesa en que estaban los canapés. Sonreía con satisfacción por haber derrotado siquiera una vez a sus nietos.

El papá y la mamá estaban conversando con la madrina de Margarita acerca de los planes futuros de la pareja, cuando se acercó hasta ellos, casi sin cojear, la madre de Felipe. En su cara sonriente se adivinaba que estaba emocionada y feliz. Parecía otra persona cuando tomó del brazo a doña Elvira y le comentó alegremente lo linda que se veía la novia y lo maravillosos que serían sus nietos.

—Apuesto a que nunca tanto como los míos —sentenció la abuela, que se acercaba en ese momento.

Soluciones

- 1) La respuesta es que el hombre se lleve primero al gato y lo deje en la otra orilla. Luego vuelve a buscar al perro, lo deja en la otra orilla y se devuelve a buscar a la gallina, llevando al gato en el bote. Recoge a la gallina y deja al gato. Hace la travesía y deja a la gallina con el perro en la otra orilla. Se devuelve y hace el último viaje transportando al gato.
- 2) La persona muestra una mano y cuenta sus dedos del diez hacia atrás: diez, nueve, ocho, siete y seis. Luego extiende la otra mano y cuenta del uno al cinco, y dice: Seis más cinco son once; tengo once dedos.
- 3) El doctor que no puede atender a su hijo es mujer; por lo tanto, es la madre del niño.
- 4) Son tres personas: un abuelo, que también es padre; un padre, que también es hijo, y un niño que es hijo.
- 5) La persona entrega un número como resultado. A esa cifra se le resta 615 y se obtiene un número que indica, de izquierda a derecha: el día de nacimiento, el mes de nacimiento, la edad actual.